

NIÑOS DE LA BIBLIA.



SACRIFICIO DE ISAAC.

III.

ISAAC.

Despuntaba el alba risueña y radiante de un hermoso día: un vientecillo fresco y apacible mecia blandamente las copas de los árboles y arrebatava el aroma de mil olorosas flores y yerbas silvestres que crecían en la falda del monte Moria, y los pajarillos cruzándose de una parte á otra en los aires, parece que entonaban con sus delicados trinos un himno de gratitud y de ala-

Junio de 1847.

banza á la primera claridad del alba, que hacia á la naturaleza salir de su letargo. En medio de esta apacible calma y cuando ya los primeros rayos del sol doraban las cimas de la montaña, llegó á su falda Abraham, el patriarca tan querido de Dios, acompañado de Isaac su hijo y de dos mancebos criados suyos. Nada habían podido estos colegir del motivo que allí les traía: el anciano, triste y pensativo, guardaba un profundo silencio, y únicamente se conocía que se trataba de un sacrificio, á juzgar por los preparativos y por la le-

ña que un borriquillo traía. Apenas hubieron llegado á la falda del monte, Abraham mandó á sus criados que les esperasen allí hasta que volviesen, y colocando sobre las espaldas de su hijo Isaac un haz de leña y cogiendo el cuchillo y el tizon encendido con que había de comunicar fuego á la leña del sacrificio, empezó á subir, acompañado de su obediente hijo, por el sendero que conducía á la cumbre del monte.

Dirigíase Abraham, lleno de mortal angustia pero fortalecido por la resignación, al lugar que el Señor le había mostrado, y en el que segun su mandato había de sacrificar á su hijo Isaac.

—Abraham, Abraham, le había dicho, eoge á tu único hijo, á ese que tanto amas, y llevándole á la tierra de aparición, ofrécele en holocausto sobre el monte que yo te mostraré.

Terrible era la prueba y proporcionada solo á la fé del santo patriarca, así es que éste adoró los altos designios de la Providencia y se sometió á ellos en el fondo de su corazón. ¿Todo cuanto él tenía, no lo había recibido de Dios? ¿No le había concedido siempre mas de lo que se había atrevido á pedir?... Pues pronto debía estar en toda ocasión á devolver á Dios lo que era suyo. Con la fe viva, con la confianza hija del conocimiento de Dios, de su inmenso poder y de la inmutabilidad de su palabra, caminaba el buen anciano á sacrificar á su hijo único, á aquel en quien fundaba todas sus esperanzas, y sin embargo, el Señor le había prometido una descendencia numerosa: tan numerosa como las arenillas de la tierra. Pero el que había criado el universo y en repetidas ocasiones tantas pruebas le había dado de su omnipotencia, bien podía ser fiel á su palabra y librarle de aquella aflicción. ¡Dichoso el que en los trabajos y aciagos sucesos de la vida permanece con fé viva en Dios, porque en todas las tribulaciones descubre su voluntad suprema!

La naturaleza humana, sin embargo, como débil y flaca, se resiente en las tribulaciones y manifiesta repugnancia. Esta era la causa porque Abraham, á pesar de toda su resignación, no podía disimular la turbación que le agitaba

y los afectos, que encontrados batallaban en su interior. El sentimiento del amor paternal, que tan enérgico era en sus postreros días, agolpaba las lágrimas á sus ojos, y hasta parece que embargaba sus trémulos pasos, conforme se iban acercando al sitio del sacrificio. Isaac, no escitado por la curiosidad, sino por el deseo de disipar la tristeza y taciturnidad de su padre, le dijo:

—Padre mio.

—¿Que quieres, hijo mio?

—Hé aquí la leña y el fuego para el sacrificio:.... pero la victima, ¿dónde está?

No podia conocer Isaac cuán cruelmente traspasaba el corazón de su padre con esta sencilla pregunta, á la que esperaba candorosamente la respuesta; pero Abraham se limitó á decirle:

—Dios proveerá la victima, hijo mio.

Llegados que fueron al sitio señalado, en la cumbre del monte, preparó Abraham el altar para el sacrificio, reuniendo algunas toscas piedras, y mandando á Isaac que arreglase sobre ellas la leña, le reveló en seguida que era la victima elegida por el Omnipotente.

Isaac escuchó resignado, y sin arredrarse esta terrible revelación. No le aterró la idea de una muerte prematura, á él, tan jóven, tan lleno de vigor y de salud, á él, que miraba entonces la vida bajo su aspecto mas liosgero, á él, en quien descansaban todas las esperanzas de su familia. El mas puro sentimiento de amor filial y la obediencia que de él se deriva, le comunicaron un valor superior á sus años, y estuvo muy distante de dar muestras de una debilidad que disminuyera todo el mérito de su acción. Si es cosa que no admite duda el que un buen hijo debe sacrificar su vida por obedecer á sus padres, ¿qué no hará cuando está seguro de que la voluntad de sus padres es la misma voluntad de Dios?

Despojóse por sí mismo de su túnica, se colocó sobre los leños que habían de formar la pira, y dejándose atar las manos á la espalda, esperó el golpe mortal con toda la resignación y la fortaleza que le inspiraban su fé viva y su sublime obediencia.

Abraham no pronunció una palabra, empuñó el cuchillo con su diestra, y levantando el corazón á Dios, dirigió al cielo una silenciosa pero espresiva mirada con sus ojos empañados de lágrimas; pero al ir á descargar el golpe fatal, su brazo permaneció inmóvil, contenido por invisible fuerza y por la voz que al mismo tiempo se escuchó en los aires.

—¡Abraham! Abraham!

—Aquí estoy, señor.

Y el ángel celestial continuó, diciendo:

—No estieras tu mano sobre tu hijo, ni le hagas mal alguno. Ya está probada tu fé y conocido tu temor de Dios, pues por él no has perdonado á tu hijo único.

Prosternóse Abraham para adorar y dar las gracias al Dios de sus padres, y apresurándose á desatar á Isaac, le abrió los brazos en que el jóven se precipitó, confundiendo ambos por un ra-

to sus lágrimas y sus demostraciones de gozo y de inefable consuelo. Reparó despues Abraham en un carnero que pugnaba por desasirse de unos espinos en que estaba enredado, y conociendo que aquella era la víctima para el sacrificio, le ofreció en holocausto sobre el altar que estaba preparado.

La fé viva y la obediencia de Abraham no podian quedar sin recompensa, por lo que, antes de apartarse con su hijo de aquel sitio, volvió á escuchar la voz de Dios, confirmandole de nuevo por su santo nombre, que bendeciría á toda su descendencia y la multiplicaría como las estrellas del cielo y las arenas de la orilla del mar, para que no prevaleciesen contra ella sus enemigos, y que por haber obedecido á sus mandatos, serian benditas en su descendencia todas las naciones de la tierra.

F. F. VILLABRILLE.

LUISA Y PABLO

ó

EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR JENNER.

NOVELA ALEMANA.

CAPITULO VI.

LA VIDA CAMPESTRE DE LUISA.

En casa de sus padres se levantaba Luisa de la cama cuando el sol estaba ya bastante elevado sobre el horizonte, pero ahora no sucedia lo mismo. Al romper el alba entraba Catalina, la muger del labrador, en su dormitorio y la despertaba con estas palabras. «Viste-te, hija mia, que ya apunta el día.» Primero se le hacía á Luisa muy cues-ta arriba dejar la cama tan blanda y

tan caliente, y mas de una vez se la volvian á cerrar los párpados, pero así que salia al patio y se lavaba con agua fresca las manos y la cara, se le quitaba completamente la pereza. Despues iba con la labradora al establo, y la ayudaba en todo lo que podia. Ya que debemos casi todo el sustento á los animales, decia Catalina, es muy justo darles su pienso, antes de pensar nosotros en almorzar, y con tanto mas motivo, cuanto que habiéndoles privado de la libertad no pueden buscarse por sí mismos el alimento.

Después de dar á las vacas buen alfalfa ó heno y agua limpia de la fuente, barrían muy bien el establo, llevaban el estiércol á un monton que habia en el corral, y renovaban la paja, que servia de cama á los animales. En seguida se ponian á ordeñar á las vacas y las cabras. Luisa se quedó atónita al ver por primera vez la gran cantidad de leche que da una vaca sola. Esta leche se echaba en vasijas grandes de barro, se bajaba á la cueva, que era muy fresca y bien ventilada, y allí se formaba sobre su superficie la nata mas exquisita. Después se quitaba esta con mucho cuidado y se echaba en un cubeto grande, para batirla sin descansar ni un momento con una rodaja de madera llena de agujeros y sujeta á un mango muy largo. Al poco tiempo aparecian en la nata muchas bolitas amarillas, que se iban reociendo y que no eran mas que manteca, si bien era preciso lavarle varias veces con agua para despojarla de todas las partes lechosas, antes de echarle sal y rellenar con ella los moldes de barro. Sobre los bollos de manteca amarillos como la cera, estampaba Luisa un sello, en que habia una cigüeña y la cifra de la labradora, lo cual les daba muy lindo aspecto. Otras veces se tenia la leche guardada mucho tiempo hasta que se convertia en suero, que tiene un sabor algo agrio, y del cual se saca el requeson estrujándolo en unos sacos de lienzo. El requeson se comia fresco con pan en lugar de manteca, ó se le añadia sal y cominos para hacer quesos muy sabrosos, los cuales se ponian á secar en unos cestos á manera de jaulas.

Lo que mas entretenia á Luisa era ver á la labradora hacer el pan. En efecto es muy agradable contemplar de que manera se convierte la blanca harina en un pan esponjado y sustancioso. Primero se mezcla con agua, y á fuerza de amasar se transforma en una pasta espesa y pegajosa. Si de esto se fuesen á hacer los panes, seguro que después no se podrian partir con una hacha, ni apenas servirian para comer, pero un poco de levadura, que se desle en la masa, produce un efecto ma-

ravilloso, pues parece imposible que baste para esponjarla toda, llenándola de una infinidad de burbujitas, y aumentando su volumen de manera, que luego abulta casi el doble que antes. Además la levadura da al pan aquel gusto tan grato al paladar, que hace que jamás nos empalague, suponiendo que no se olvide la sal, que es la sustancia mas indispensable para sazonar los manjares. Los panes hechos con la masa se rocian con agua y se meten en el horno muy caliente, de donde vuelven á salir dorados y enteramente transformados. Con esto llegó á tener Luisa mucho respeto á la clase labradora, que tan útiles sabe hacer los dones que recibimos del Supremo Hacedor. También se encuentra entre las faenas del campo el arte de sacar del lino los lienzos mas finos y blancos como la nieve. Luisa habia llevado ya mucha ropa de lienzo, pero no se le habia ocurrido preguntar como se hacia. Así fué que cuando vió un campo de lino todo cubierto de florecitas azules, y Tomas la dijo que de aquello se hacian las camisas, las calcetas, el hilo para coser y hasta los mas delicados encages, apenas lo queria creer. Le parecia imposible viendo qué grueso era el tallo de la planta en comparacion de la hebra casi imperceptible que da el hilo mas fino. Movida por la curiosidad pidió á Tomas que la enterase mejor de todo aquello y él lo hizo con mucho gusto en los términos siguientes.

—Las florecitas azules se convierten en unos botones, que contienen unos granitos rojos, que son la simiente de linaza. Esta es tambien muy útil, pues machacada y prensada en unos molinos que hay para eso, da un aceite que sirve para muchas cosas. De la cascariella que suelta la simiente se hace una especie de tortas muy alimenticias para el ganado, y además la harina de linaza, que se vende en las boticas, es un medicamento que se usa en muchas enfermedades. Las plantas del lino arrancadas con raiz y todo se dejan espueltas á la lluvia, para que se mace ren, ó se ponen en un estanque ó arroyo, que es lo que llaman enriar ó em-

balsar. Hecho esto se secan en hornos muy calientes y se llevan despues á la espadilla ó agramadera, donde á fuerza de estrujarlas con una tablita muy dura se estraen y separan las hebras encerradas en los tallos. Rastrillándolo en seguida con otra tablita que tiene muchos ganchitos de hierro, queda por fin el lino en disposicion de convertirse en hilo por las laboriosas hilanderas. De este hilo hace el tejedor el lienzo, que aunque tiene un color gris llega á ponerse tan blanco á fuerza de regarle con agua, que puede competir con la misma nieve.

Viendo Tomás que Luisa manifestaba tantos deseos de aprender, y que su conducta era irreprochable, la llevó consigo cuando fué á castrar las colmenas por el tiempo de pascua. Allí encontró Luisa la mejor proporcion para enterarse de la admirable laboriosidad de las abejas. Cuando el labrador le enseñó la estructura interior de una colmena, se quedó pasmada, pues no acababa de entender como podian las abejas construir tantas celdillas todas tan regulares, tan iguales y con seis esquinas. ¡Qué trabajo les debía haber costado á los pobres animalitos!

—¿De dónde sacan la cera, con qué hacen todas esas celdillas? preguntó Luisa.

—Del polvillo de las flores, que se llevan á su morada, contestó Tomás. Repara bien cuando veas una abeja en el cáliz de alguna flor, y notarás que de aquel polvillo tan fino amasa unas bolitas, que va dejando pegadas á sus patitas de atrás, y luego parece que tiene puestos unos calzoncitos amarillos. Pues con estos calzoncitos se vuelve á la colmena, y allí se come las bolitas, pero no con el fin de saciar su apetito, sino para obtener la cera que le ha de servir de material. Ello es que apenas ha consumido el polvillo rompen en una especie de sudor, y la cera va saliendo en forma de laminitas muy sutiles, por los anillos que tiene en la parte posterior del cuerpo. Valiéndose de su trompetilla y sus patitas, labra despues con las laminitas de cera las celdillas tan lindas y tan iguales, sin que para ello le baga falta escuadra ni cartabon. Si consideramos cuantos mi-

les de quintales de cera se gastan todos los años, y cuantos millones de celdillas se requieren para tal consumo, nos asombraremos con razon de la extraordinaria laboriosidad de unos animales tan pequeños.

—¿Pero como llenan sus celdillas de miel? volvió á preguntar Luisa.

—Con el jugo que chupan de muchas y diversas flores, y del cual depositan en las celdillas lo que no necesitan para su alimento.—En cada colmena hay tres clases de abejas. La mas grande de todas es la reina ó el zángano. Esta no labra miel ni cera, pero pone huevos, uno en cada celdilla y á veces hasta treinta mil. Todas las abejas obedecen al zángano y le siguen por todas partes, de suerte que sin él no puede subsistir ninguna colmena. Despues hay otras mas pequeñas, que se llaman abejones ó abejas machos, las cuales tampoco llevan nada á la colmena, y se mueren ó son muertas por las otras, así que el zángano ha puesto los huevos. Los abejones no tienen aguijon, y el número de los de cada colmena ascenderá á unos mil y seiscientos. Por último, las abejas trabajadoras, que llegarán á veinte mil en cada colmena, constituyen la raza principal y son las que acarreado el alimento para todas, fabrican las celdillas y dan de comer á la cria. El aguijon que tienen en la parte posterior del cuerpo es hueco. Cuando pican con él, penetra en la piadura una gotita de veneno, que es la causa de los dolores, del escozor y de la hinchazon que se experimentan. Sin embargo como la abeja no puede volver á sacar el aguijon, muere inmediatamente, asemejándose en esto al rencoroso, que suele pagar con su propia ruina el placer de la venganza.

Luisa estaba muy divertida con todo esto, é iba justamente á hacer á Tomás otra pregunta, cuando llamó su atencion un rumor lejano, que se iba acercando cada vez mas, y era producido por una griteria confusa; al través de la cual se percibian los ayes lastimeros de una persona acosada. Cuando estuvo mas cerca, se quedó Luisa horrorizada al reconocer en aquellos lamentos la voz del desgraciado Pablo. De dos

brincos salió del colmenar, atravesó el jardín y se puso en el camino que pasaba por el pueblo. El alma se le cayó á los pies cuando vió lo que pasaba.

CAPITULO VII.

CULPA Y CASTIGO.

Una caterva de muchachos del pueblo venían gritando, riendo y alborotando, capitaneados por Eduardo, el hijo del baron; tropezando á cada paso iba huyendo de ellos el demente Pablo con la cara y los vestidos llenos de lodo, que le habian tirado aquellos pilluelos, y sin duda le habia tocado tambien alguna piedra, pues tenia el rostro manchado de sangre. Como un corzo, que acosado por los cazadores no sabe donde meterse, corria Pablo cuanto le permitian sus débiles y cansadas piernas, pero, como es natural, no podia libertarse de la persecucion de los muchachos, que le gritaban sin cesar: ¡tonto! bestia! majadero!

El infeliz Pablo se cubria con ambas manos la cabeza, y cada vez que le tiraban, exclamaba: —¡Ay mi cabeza! ¡ay mi brazo! según donde le daban. Los muchachos remedaban estos lamentos con mofa y grandes risotadas, sin abandonar su intento, pero de repente llegó Luisa desalentada y poniéndose delante de Pablo para escudarle con su cuerpo, les gritó encolerizada; ¡perversos! dejad en paz á este pobre anciano. Al verla se contuvieron los muchachos y muchos de ellos dejaron caer los terrones de tierra que habian cogido, pero Eduardo los volvió á animar gritándoles: —¡Adelante, chicos, no hagais caso de esa tontería!

En aquel mismo momento salió Tomás precipitadamente de su jardín enarbolando una estaca, que habia arrancado del primer sauce que encontró al paso. Encendido de cólera y sin poder articular palabra se dirigió como una furia hácia los muchachos. Estos que sin duda conocian de otras veces los arrebatos impetuosos de Tomás, apretaron á correr inmediatamente, pero Eduardo, fiado en que su padre era el señor del lugar se quedó allí

plantado y poniéndose en jarras le dijo con desfachatez: — Pégame, pégame, que ya verás lo que te pasa.

Por poco le hubiera costado á Eduardo muy cara su osadía, pues Tomás, que en aquel momento no conocia á nadie, le asestó tal golpe, que sin duda le hubiera dejado tendido, á no haberse echado aquel á un lado. Esto irritó aun mas al labrador, y tratándole de tuno y canalla con voz atronadora volvió á levantar la estaca para segundar el golpe. Conociendo entonces Eduardo que su titulo de baron no le preservaria de la venganza de Tomás, tomó las de villadiego mas que á paso.

Entretanto el desgraciado Pablo, que habia oido la voz de Luisa y la vió á su lado, le dijo muy acongojado. —Ven acá, hija mia, ven, que está granizando. El granizo hace mas daño que la picara nieve, que tanto nos fatigó. Ven á guarecerte en mi pecho, pues mi cabeza está ya mas acostumbrada á esto que la tuya.—Diciendo estas palabras la tomó apresuradamente en sus brazos. Luisa se recostó sollozando en el pecho del anciano, que aun estaba agitado, y contemplaba con amargura su rostro salpicado de sangre, al mismo tiempo que el demente fijaba en ella sus desconcertadas miradas con una expresion indecible de cariño.

A poco volvió Tomás que habia corrido un buen trecho tras de Eduardo sin poderle alcanzar. Ya estaba mas sereno, pues habia recobrado la razon y no traía la estaca que llevaba antes, pero todavia sentia mucho despecho por la bribonada de los muchachos.—De buena ha escapado, decia hablando consigo..... pero tambien ha sido una dicha para mí, porque si llego á coger á ese bribonzuelo, le mato de un golpe y Dios sabe despues lo que hubiera sucedido. ¡Maldito genio! ¡que no he de poder yo reprimir estos prontos! Pero á fe mia que no ha de quedar sin castigo ninguno de ellos y mucho menos el caballerito Eduardo. ¡Yo os enseñaré á divertirlos con el pobre Pablo!.... os aseguro que no lo volveréis á hacer.

Entre él y Luisa entraron al anciano en casa y se pusieron á limpiarle el lodo y la sangre. Despues se encaminó

Luisa al palacio á contar á su tío la hazaña de Eduardo, pero ni el baron ni su esposa estaban en casa. Luisa habia asistido puntualmente todas las mañanas á las lecciones que el señor de Middleton daba á los niños, pero fuera de eso iba muy pocas veces al palacio, porque Sara y Matilde la trataban con desprecio y la insultaban tanto mas, cuanto mas contento se mostraba el maestro con los adelantos de Luisa en todo lo que aprendia. No tuvo, pues. la niña mas remedio que referir el caso al señor de Middleton. Estúvola este oyendo con mucha tristeza y despues que Luisa concluyó su relacion se quedó un buen rato en silencio y pensativo. De cuando en cuando lanzaba un suspiro, hasta que al cabo dirigiéndose á Luisa, le dijo:—Creeme, hija mia, mi cargo es muy dificil de desempeñar, pues tengo que educar á unos niños, para los cuales soy mas bien un criado que un ayo. ¿De qué han de servir mis exhortaciones? ¿qué frutos han producido mis afanes? Ya lo ves, no tengo necesidad de decirtelo. ¡Ah! si todos los niños fueran tan buenos como tú, bien podria uno....

En esto fué interrumpido el señor de Middleton por sus discípulos, que entraban á la leccion, pero él les dijo:—Hijos míos, hoy no tengo humor de daros leccion. Mas vale que aprovechemos la mañana para dar un paseo todos juntos por el camino real.

Esto les pareció muy bien á los hijos del baron, y especialmente á Eduardo, que habia venido bastante perplejo y acobardado. Sin duda se habia espedido una buena reprobacion, porque bien podia imaginar que Luisa no ocultaria al señor de Middleton lo que habia hecho con el desgraciado Pablo. Creyendo que se habia engañado, dió alegremente la mano á su maestro y aun dirigió á Luisa una mirada placentera, porque no le habia acusado. Tan contento iba Eduardo que no advirtió que su ayo estaba mas serio y taciturno que otros dias. Echaron pues á andar hácia el camino real y las dos señoritas muy compuestas se adelantaron un buen trecho, tal vez porque les daba vergüenza ir al lado de Luisa, que

llevaba vestidos de aldeana. El camióno estaba tan animado que los niños iban muy entretenidos pues no cesaban de pasar coches, carros, soldados, caballos y animales extraños; de suerte que nunca faltaba algo que ver. No hacia mucho tiempo que paseaban por el camino real, cuando encontraron á un pobre bastante anciano y vestido de mugrientos harapos, el cual con el semblante pálido y flaco alargaba á los transeuntes su mano descaraada y trémula en accion de pedirles una limosna.—Señor de Middleton, dijo Eduardo, no he traído dinero y quiero que me haga vd. el favor de darme unos peniques para ese pobre.

—No haré tal, contestó el ayo con mucha gravedad.

—Préstemelo vd. al menos, replicó Eduardo, y en cuanto lleguemos á casa se los devolveré á vd.

—Ni por esas, dijo el señor de Middleton con firmeza; ese hombre no merece que se le socorra.

—¿Pero por qué? preguntó Eduardo con extrañeza.

—Porque era muy rico, pero despues se entregó á los vicios y derrochó cuanto tenia sin hacer caso de buenos consejos. Bien empleado le está lo que ahora sufre.

—Pero señor de Middleton, le dijo Luisa con modestia, aunque no merezca una limosna, lo cierto es que la necesita, y vd. nos ha dicho siempre que imitásemos en todo á Jesucristo, el cual socorria tambien á los pecadores restituyéndoles la salud y colmándoles de beneficios

—¿Eres tú del mismo parecer que Luisa? preguntó el señor de Middleton á Eduardo.

—Ya se vé que sí, respondió este.

—Y yo tambien, dijo el ayo; ahí tenéis doce peniques, dádselos á ese desgraciado libertino.

Asi lo hicieron y acompañados de las bendiciones del anciano continuaron su paseo.

No tardaron en encontrar á otro pobre, que se hallaba en un estado mucho mas deplorable que el primero. Tenia la cara llena de llagas, las piernas monstruosamente hinchadas, y las

dos muletas que habia en el suelo eran iudicio de que no podia andar sin ellas.

Movido á compasion, preguntó Eduardo:—¿Tiene tambien este hombre la culpa de su desgracia?

—De ninguna manera, contestó el ayo, antes bien se acarreó todos sus males por una accion muy laudable. Estando un hermano suyo enfermo y sin el menor auxilio, se pegó fuego á la casa en que vivia. Ya se hallaba envuelto en las llamas é iba á ser su presa, porque nadie se arriesgaba á socorrerle, cuando llegó este hombre y menospreciando el peligro salvó á su hermano, no sin sacrificar su propia salud, pues una viga ardiendo, que le cayó encima, le dejó en el estado en que le veis.

Los niños contemplaban á aquel desgraciado con mucho interés y respeto, haciéndole mas venerable á sus ojos los mismos padecimientos que le habia ocasionado el amor tan desinteresado hácia su hermano.

—Por Dios, ayo mio, dijo Eduardo contristado, présteme vd. otros doce peniques solo por esta vez, pues merece este hombre eso y mucho mas.

El señor de Middleton no contestó ni una palabra y dirigiéndose hácia el pobre, le quitó las muletas, se las tiró á gran distancia y echó á andar tranquilamente. Los niños se quedaron atónitos y el pobre exclamó con voz lastimera:—Pero, caballero, si no me quiere vd. dar limosna al menos no me prive vd. del único apoyo, que me ha quedado en mi infortunio.

Corriendo como un gamo fué Eduardo á recoger las muletas, y despues de volvérselas al pobre, se dirigió en pos de su maestro.

—Señor de Middleton, le gritó encendido de cólera, ¿sabe vd. lo que se ha hecho? Yo le contaré á papá cómo ha tratado vd. á ese infeliz. Ya no le quiero á vd. por maestro.

—Ni yo tampoco á tí por discípulo, replicó el señor de Middleton con amargura, y enojado tambien algun tanto, cogió á Eduardo por la mano y le condujo hasta donde estaba el pobre.

—Mi apreciable Wilham, le dijo con

mucha afabilidad, creo que no me tendrás por capaz de quitarte las muletas con mala intencion; ahí tienes un che-lin por el susto que has pasado. Solo queria hacer ver á este señorito la vileza que ha cometido esta mañana. Escuchad, hijos míos, lo que voy á deciros, y á tí principalmente, Eduardo. ¿Antes te dió lástima aquel pobre, á pesar de que él mismo tenia la culpa de su miseria; pues bien, ¿no te parecería detestable reirse y mofarse de él porque iba vestido de andrajos? Con razon te enojaste cuando quité las muletas á este enfermo, aunque un carpintero le pudiera hacer otras al instante, pero tú has escarnecido, perseguido y apedreado al desgraciado Pablo, no porque llevase vestidos rotos, sino porque tiene el ánimo desgarrado por la demencia. ¿No es eso mucho mas detestable? ¿Aun cuando Pablo hubiese perdido la razon por culpa suya no tenias ningun derecho para ultrajarle, pero, ¿no sabias que le sucedió aquella desgracia por el amor desinteresado, con que se sacrificó por la hija que le habia confiado su amo? ¿Pues que razon tenias para insultarle y maltratarle? Ademas es probable que así lo hayas privado del poco entendimiento que le quedaba, y por consiguiente has cometido una accion mucho mas infame, que si yo hubiese arrebatado á este buen hombre las muletas con mala intencion. ¿Acaso puedes volver á Pablo la razon como á este desgraciado sus muletas? ¡Oh! Eduardo, muy grande ha sido tu culpa, y ojalá lo conozcas para que jamás incurras en otra semejante. Píde á Dios perdon de tu pecado ya que no puedes reconciliarte con Pablo por el estado en que se halla. Bien sé que nunca has tenido mal corazon, pero te has dejado llevar de tu frivolidad y tu poca reflexion, y para que tengas tiempo de arrepentirte estarás veinte y cuatro horas encerrado en tu cuarto. Vámonos á casa, hijos míos, y procurad no dar jamás á vuestros padres ni maestros, semejantes pesadumbres que no pueden menos de partirlas el corazon.

Eduardo echó á andar sin responder una sola palabra ni levantar los ojos

del suelo, pero á sus dos hermanas se les conocia claramente que estaban muy irritadas, no con el delincuente, sino con el señor de Middleton.

—Mire vd. que es mucho, dijo Matilde á Sara, cuando se vieron solas, hacer tanto ruido por una bicoca semejante y avergonzar así á Eduardo delante de todos. Como sino fuera bastante afrenta para él haber hecho aquello con Pablo en medio de la calle.

Las instigaciones de las hermanas fueron sin duda la causa de que Eduardo, en lugar de enmendarse, tratase de tomar venganza de la manera que se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII.

LA MALA INTENCION.

El verano se venia encima á pasos agigantados, pues las cerezas empezaban á pintar y ya habia fresa en abundancia. Luisa iba muchas veces á cogerla acompañada de Pablo, que la seguia siempre como su sombra, y así que volvia á casa con la cesta llena, se aderezaba un buen plato para toda la familia. Primero lavaba Luisa las fresas con agua fresca, para quitarles toda la tierra, y despues las mezclaba Catalina con leche de la mas esquisita. Tambien solian echar pan negro ó blanco, y todos disfrutaban de aquel manjar tan delicioso dando gracias al Criador por su inefable bondad.

Una mañana al bajar Luisa de su dormitorio, oyó el llanto de un niño en la habitación principal de la casa. Entró á ver lo que era, pero Tomás la salió al encuentro derramando lagrimas de gozo. ¡Qué alegría, Luisa, le dijo, ¡qué dicha! Esta noche me ha enviado el cielo una hija muy hermosa. Despues trajo la niña á Luisa, para que la diese un beso, y besándola él tambien la volvió á llevar á la cama de su madre, la cual estaba algo débil y descolorida. Tambien Catalina lloraba de gozo dando gracias al Señor y baciendo mil caricias á su primogénita.

—¡Oh! decía Luisa brincando de contento, ya no juego mas con mis muñecas, porque esa muñequilla es mas bo-

nita que todas. ¡Cómo la voy á mimar y cuidar!

Tomás y su muger no pudieron contener la risa al oír la ocurrencia de Luisa.

—Hija mia, le dijo Catalina, ahora tendrás que cuidar algunos dias de la casa hasta que yo pueda levantarme.

—Bueno, con mucho gusto, respondió Luisa y se fué corriendo al establo á ordeñar las vacas. Ademas guisó la comida tan perfectamente que todos los que se pusieron á la mesa hicieron mil elogios de la nueva cocinera, la cual aunque muy satisfecha en su interior se puso encendida como una grana.

—¡Ves, Tomás, decía Catalina á su marido, como todo lo bueno halla su recompensa? Si no hubiésemos acogido á Luisa cuando tuvo aquella desgracia, me faltaria ahora ese apoyo tan grande que no hubiera podido encontrar por ningun dinero.

—Dices bien, contestó el labrador. Yo estoy loco de contento con la chica, y me parece muy justo por lo mismo, que la proporcionemos alguna diversion. Ya se me ha ocurrido una muy buena para ella.

Diciendo esto se fué á buscar á Luisa y la dijo:—Hija mia, el domingo que viene recibirá mi hija el santo bautismo, y aquel dia tendremos una buena comida, en la cual no puede faltar la sopa de cangrejos. ¿Querrás ir esta noche conmigo á coger cangrejos?

—¡Y cómo se cogen? preguntó Luisa con curiosidad.

—No te lo quiero decir todavía, respondió Tomás, para que te diviertas mas cuando lo veas.

Luisa estuvo pensando todo el dia en los cangrejos, y aquella misma mañana cuando fué á dar lección con los niños del baron, no pudo menos de decirles muy contenta:—Cuánto me voy á divertir esta noche, pues Tomás me ha ofrecido llevarme al soto de los Picos á coger cangrejos. En mi vida los he visto coger. Y los cangrejos servirán para la sopa que comeremos el dia del bateo.

—¡Valiente cosa! dijeron Sara y Matilde con indiferencia; pero Eduardo se calló y puso un gesto singular.

Así que anocheció se pusieron en marcha los pescadores. Delante iba Tomás con una linterna encendida y un hacecillo de teas largas y muy secas. Seguíanle Luisa y Pablo, el cual jamás se apartaba de ella, y una criada del pueblo que llevaba un buitron, formaba la retaguardia. En cosa de un cuarto de hora llegaron al soto de los Picos en el cual serpenteaba un arroyo por entre las peñas y los matorrales. No se oía mas que el murmullo de la corriente y el ruido de los frondosos árboles, cuyas ramas, mecidas por la brisa, conversaban al parecer unas con otras. Para que ninguno se cayese en aquel terreno tan quebrado, encendió Tomás una tea al entrar en el soto, llevándola en alto para que alumbrase bien. Al resplandor de aquella luz tan viva, palidiecieron las doradas estrellas de la bóveda celeste, los árboles y las negras peñas tomaron un color de fuego, y las aguas del arroyo centelleaban por mil partes á un tiempo. ¡Era un espectáculo magnífico!

—¡La Noche-Buena, los Nacimientos! decía Pablo á media voz, y contemplaba con regocijo las luces que veía en el arroyo, en el cual empezó á meterse Tomás con toda precaucion. Los demas hicieron lo mismo con mucho tiento. De repente inclinando Tomás la tea, aproximó la llama cuanto pudo á la superficie del agua y todos dirigieron la vista hácia aquel punto.

—¡Ay! ¡los cangrejos! exclamó Luisa con asombro. En efecto todos los cangrejos se habian saltado de sus madrigueras, y deslumbrados por aquel resplandor tan repentino, se quedaron fijos é inmóviles sobre el límpido fondo del arroyo. Dió, pues, principio la pesca. Pablo, que no servia para otra cosa tenia la linterna, y Luisa echando los cangrejos en sudelantal, se daba tanta prisa á coger como la criada, pero Tomás no hacia mas que alumbrar. Pronto llegaron á un parage, adonde parecia que se habian ido á juntar todos los cangrejos de tantos como habia. Luisa dió un grito de alegría, y agachándose todos iban con mucho afán á aprovecharse de tan feliz hallazgo, cuando de repente, ¡paf! cayó una cosa muy pesada en el

arroyo pasando al rape con sus cabezas. El agua salpicó á grande altura, poniéndolos como una sopa, la tea y la linterna se apagaron chisporroteando, y los pescadores quedaron sobrecogidos y envueltos en las mas espesas tinieblas. Pablo fué el primero que volvió del susto y gritando con voz trémula:—¡Qué viene el coco! tiró la linterna y apretó á correr.

Desde lo alto de un peñasco se oyeron unas risotadas que el eco repitió á lo lejos.

—¡Qué risa tan infernal! exclamó Tomás indignado, sacudiéndose el agua de los vestidos. Por fuerza ha sido algun demonio el que nos ha jugado esta pasada, pues chanza no se puede llamar por lo bestial. Con una piedra tan grande podian haber aplastado la cabeza á cualquiera de nosotros. ¿Quién habrá sido el grandísimo tunante? Por la voz debía ser un muchacho; ¡qué mala intencion!

Luisa hiense imaginaba quien podía haber sido, pero no se atrevió á declarar sus recelos.

Inmediatamente echaron á andar hácia casa, pero como no tenian luz y el terreno era tan desigual, no dejaban de encontrar dificultades. Tomas iba delante y avisaba á Luisa siempre que llegaba á algun mal paso, pero á pesar de esta precaucion, tropezó la niña en la raiz de un árbol, cayó al suelo y se cortó con los guijarros los dedos de la mano con que llevaba cogido el delantal. Volvióse á levantar Luisa quejándose amargamente, y en su interior no poco enojada con Eduardo, que tenia la culpa de todo. Aquella noche tardó mucho en quedarse dormida por el escozor y las punzadas que sentia en los dedos.

La reprension intempestiva no es menos perjudicial que la alabanza no merecida; arroja al que la recibe en los brazos del adulador.

Plutarco.

Solo en la caridad estriba el cristianismo.

Boussuet.

LEYENDAS HISTORICAS.

AVENTURAS MARAVILLOSAS

DE LYDERICO,

PRIMER CONDE DE FLANDES. (1)

(Continuacion.)

La estatua, seguida siempre del príncipe, se internó en la sala de armas; pero en lugar de atravesarla en un todo como era preciso hacer para llegar á la capilla, entró por una puerta lateral que daba á un pequeño prado, y allí se detuvo para volver la cabeza y mirar si Phinard le seguía, y observando que caminaba detrás, siguió marchando: atravesó el prado, entró en un patio en donde habia esparcidos por tierra una infinidad de despojos de diferentes especies, y se paró cerca de una tumba recientemente escavada.

Aquella tarde habia pasado Phinard por este patio, y le habia encontrado como siempre, lo cual dejaba entender que esta sepultura habia sido abierta mientras cenaba. El príncipe miró á todos lados, sin encontrar otra persona mas que la estatua que seguía su camino, siempre con su paso grave y mesurado, la que se dirigía á la capilla subterránea, donde estaba su propia tumba, seguida constantemente de Phinard, que caminaba sin perderla de vista como arrastrado por un poder sobre humano. Cuando el hombre de piedra se halló frente de la puerta, esta se abrió sola, y Phinard interinando su mirada en esta bóveda, observó que la estatua á quien seguía faltaba en la tumba; excepto el leon de mármol que estaba echado á sus pies, en señal de que el noble príncipe á quien guar-

daba habia muerto en el campo de batalla; mas ahora el leon se habia incorporado, y con la cabeza vuelta hácia la puerta, parecia esperar la vuelta de su amo. Entonces la estatua se fué derecha á la tumba, se tendió en el mismo lugar donde habia treinta años habia permanecido, y el leon habiéndose vuelto á echar á sus pies, todo volvió á recobrar el anterior silencio y el lúgubre aspecto de la muerte.

Phinard, era un hombre que tenia un corazon de hierro, hombre á quien el demonio habia separado de la senda que habian seguido sus antepasados; pero que aunque habia llegado á ser un criminal, no era menos firme y valeroso. Quiso asegurarse de que no era un juguete, una vision lo que acababa de presenciar, y se aproximó á la tumba; el material de la estatua, se habia unido al del sepulcro, como si nunca se hubiese separado: volvió entonces la cabeza á la parte donde se hallaba la tumba de su madre, colocada frente á frente de la tumba de su marido, y cuya estatua estaba siempre tendida como la otra, con la diferencia de que en lugar de tener un leon á sus pies en señal de valentia, esta señora tenia un perro, símbolo de fidelidad; pero la estatua esta vez habia milagrosamente cambiado de posicion, porque estaba arrodillada y en actitud de orar.

Desde este momento Phinard, comprendió que cuanto le habia pasado era un aviso de la suprema Omnipotencia; el hombre de piedra habia venido á anunciarle, segun la costumbre de su familia, que estaba muy próximo el último dia de su vida, y la sepultura que le habia enseñado abierta en una tierra profana, era una tumba infame donde debia dormir hasta el dia del juicio final; y su madre á quien habia encontrado arrodillada, imploraba del Señor misericór-

(1) Veanse los dos números anteriores.

dia y la salvacion del alma de su hijo.

Estas cosas aparecieron con tanta evidencia á los ojos de Phinard, como si las hubiera visto escritas en caracteres de fuego; volvió pensativo al aposento donde se habia celebrado el festin, y se lo encontró sin gente: Phinard llamó á sus criados y ninguno pareció; pero á la tercera vez que llamó, se presentó el criado mas antiguo que tenia, que sabiendo por esperiencia el peligro que corria, haciéndose esperar por su amo, se presentó temblando.

—Querido Niklaus, dijo el príncipe de Buck con dulzura, vé, busca al capellán y dile que venga.

El antiguo criado, miró á Phinard con señales de la mas grande admiracion, y el príncipe repitió su mandato.

—Pero, señor, repuso Niklaus, ¿no sabeis que hace quince años que el capellán ha muerto y que desde ese tiempo, jamás habeis pensado en reemplazarle?

—Tienes razon, contestó Phinard suspirando: no me acordaba. Entonces, llega al campamento del rey, mi señor y dueño, y supplica al obispo de Noyon que venga á escuchar las culpas de un pobre pecador.

El criado obedeció sin replicar, y el obispo siguió á este sin preguntar quién era el hombre que reclamaba su auxilio espiritual.

Al dia siguiente por la mañana muy temprano, todo estaba dispuesto para el combate, y el rey Dagoberto acompañado de toda su comitiva, tomó posesion del estrado que con la debida anticipacion le habian preparado: Lyderico estaba en su tienda de campaña, donde el rey le habia mandado una magnífica armadura, hecha espresamente para su persona y bendecida por el obispo de Noyon; pero habiéndose probado la referida armadura y encontrándose con ella sujeto y embarazado, conociendo además que le era inútil, puesto que era invulnerable á escepcion del sitio donde habia caído la hoja de tilo, la devolvió á su monarca mandando que le dijeran, que tenia por costumbre combatir sin ninguno de esos aparatos.

Dieron las seis, que era la hora señalada para el combate, y todos queda-

ron sorprendidos al no haber visto al príncipe de Buck que debia ocupar la tienda de campaña, situada al lado opuesto de donde estaba la de Lyderico; pero creyendo el rey que el antagonista de su protegido se encontraría ya armado dentro de su propia fortaleza, dispuso que se diese la señal como si se hallára presente, y la trompeta resonó cuatro veces en los cuatro ángulos del horizonte.

Con efecto, el rey no se habia equivocado, porque apenas espiró el último toque de guerra cuando se abrieron de par en par las puertas del castillo, y Phinard apareció; mas no como se le esperaba sobre un caballo y armado, sino á pie, ciñendo su cuerpo con una especie de sayal, los cabellos cubiertos de ceniza, los pies desnudos y un grueso cordel colgando de su cuello; detras del inesperado penitente, venian, sobre dos magníficos caballos, la princesa de Dijon con su manto y su corona, y el digno obispo de Noyon, revestido con sus hábitos episcopales, y á cierta distancia de la princesa y el obispo la guarnicion de Phinard con sus armaduras; pero sin cascos y sin espadas.

De este modo se aproximó la estraña comitiva, y Phinard subiendo las gradas del estrado, se arrodilló delante del rey, á lo cual todos guardaron silencio para escuchar lo que decia.

—Señor, dijo Phinard, ved á vuestros pies un gran pecador que ha merecido la muerte; pero que supplica á vuestra magestad le conceda la vida para poder llorar sus faltas y obtener de Dios el perdon de ellas. Todo cuanto ha dicho de mí el señor Lyderico es verdad; pero ruego que me perdone como ya lo ha hecho su noble madre, y que reciba, á título de espacion por el daño que le he causado, mi principado de Buck, y mi condado de Harlebecque, convencido de que á nadie puedo hacer un donativo que lo merezca mas que el noble y el valiente Lyderico.

—Príncipe, respondió el rey, si aquellos que han sufrido por vos una opresion y una dura cautividad os han

perdonado, no tengo derecho á ser mas severo que ellos; asi es que os perdono la vida; en cuanto á vuestra alma, no tengo ningun poder sobre

ella; y es un negocio que solo pertenece á vos y á la Divina Omnipotencia. Principe de Dijon, añadió el rey dirigiéndose á Lyderico; ya lo habeis escu-



chado todo, conque así perdonad á Phinard como yo le perdono.

Pero Lyderico en este momento se encontraba en los brazos de su madre, que habiendo visto á este arrogante jóven á la puerta de su tienda, conoció instantamente que era su hijo y los dos se acercaron al rey Dagoberto.

—Si señor, dijo Ermengarda, nuestros corazones experimentan en este instante la mas grande alegría, y no solamente le perdonamos sino que suplicamos á vuestra magestad, le deje sus titulos y sus bienes, al menos mientras viva, porque nuestro principado de Dijon, es bastante noble y poderoso, para darlo en esta ocasion á mi querido hijo, que tendrá con ello el suficiente poder para servir eficazmente á vuestra magestad.

Phinard no dió lugar que el rey manifestase su opinion sobre este pun-

to, y depositando á sus pies las llaves de su castillo, diciendo que la misma donacion que hacia de su castillo, de su principado y demas, hacia del resto de sus tierras, y que solo se reservaba con el permiso de su nuevo dueño, seis pies de tierra que constituia la milagrosa sepultura á la cual debia su conversion. Despues de estas palabras que dijo Phinard con firmeza, conocieron todos que su resolucion no retrocederia, de manera que saludando al rey se internó en el bosque donde se le vió bien pronto desaparecer.

Aquel mismo dia recibió el rey en el castillo de Buck el juramento y homenaje de Lyderico, como principe de Dijon, de Buck y como conde de Harlebecque, y queriéndole añadir un titulo á los que tenia, le nombró primer caballero de tierra de Flaudes; despues de los festejos que se hicieron al rey con toda su córte en el

castillo de Buck, volvió el monarca á emprender su camino con direccion á Soissons su capital.

El primer cuidado de Lyderico fué hacer con su madre un viage por todos sus dominios antiguos y modernos, con el objeto de establecer delegados que en su ausencia hiciesen justicia como si él estuviese presente. Por espacio de tres meses, que fué el tiempo que duró este viage, acogieron en todas partes á la madre y al hijo con festejos de toda especie, pues siendo Ermengarda muy querida de sus súbditos, durante su ausencia las madres habian hablado de ella á sus hijas y los padres á sus hijos, y no pasaba un domingo sin que en todas las iglesias se rogase á Dios por su vuelta, por lo que escusamos decir el grande regocijo que los pueblos esperimentarian al ver que sus frecuentes ruegos habian tenido un resultado satisfactorio cuando menos lo esperaban.

De vuelta al castillo de Buck, Ermengarda preguntó á su hijo, si en el tránsito del viage que acababan de hacer, no habia visto alguna noble jóven á la cual juzgase digna de su amor, á lo que Lyderico respondió que no, y que hasta entonces, ni en sus viages, ni en la corte del rey Dagoberto, ni en sus propios dominios habia visto una muger á quien él se sintiese dispuesto á amar, cuya contestacion causó gran sentimiento á la buena señora que comenzaba á envejecer, y hubiera deseado antes de morir acariciar á sus nietos.

En la tarde de este mismo día, Lyderico bajó al jardín y permaneció en él mas tiempo que tenia de costumbre, pues la pregunta de su madre le habia dejado pensativo; hallábase sentado sobre un banco de piedra, apoyada la frente contra sus manos, cuando el gorgojo de un ruiseñor vino á interrumpir sus meditaciones cantando lo siguiente.

«Hay en un pais lejano una jóven mas blanca que la nieve, mas bella que la aurora, mas pura que el agua del lago de Saudhy en cuyo fondo nacen perlas; esta jóven no ha amado todavía, porque no debe amar, sino á

aquel que haya conquistado el gran tesoro de Niebelungen y el casco que hace invisible. Esta jóven, mas blanca que la nieve, mas bella que la aurora, y mas pura que el agua del lago de Saudhy en cuyo fondo nacen perlas, es la hermosa Chrimhilda, la hermana de Gunther, rey de Higlanda.»

A la mañana del día siguiente Lyderico dijo á su madre que la muger con quien debia casarse era con la hermosa Chrimhilda, hermana de Gunther rey de Higlanda. Ermengarda preguntó que quien era esa hermosa jóven y que donde estaba situado el reino de Higlanda. Lyderico respondió que nada sabia: pero que desde aquella misma tarde se disponia á buscar lo uno y lo otro.

Con efecto, aquella misma tarde, habiendo recomendado el gobierno de sus dominios á su madre, ciñó su espada Balmung, montó en el caballo que le habia dado el rey Dagoberto, y seguido de Peters su escudero, se puso en camino para buscar á la hermosa Chrimhilda. Anduvo muchas leguas atravesando montes y valles; y seguro de no equivocarse en el camino que llevaba, pues el ruiseñor le guiaba, y á la caída de la tarde detenia su vuelo para dormir en algun árbol bajo el cual se acostaba Lyderico, y si este se veia precisado á atravesar rios ó algun brazo de mar, el ruiseñor descansaba sobre el mástil de su embarcacion. En fin una tarde llegó á un pais que le pareció magnífico, y como acostumbraba se acostó con Peters debajo de un árbol; el ruiseñor se puso sobre una rama y los caballos comenzaron á pacer á cierta distancia.

A los primeros rayos del sol del siguiente dia se oyó un ruido que le hizo despertar; quiso ver lo que le motivaba; pero al ir á levantarse conoció que era enteramente imposible: se encontró atado á la tierra, no solo por el cuerpo sino por brazos, manos, piernas y cabellos. En este momento escuchó grandes carcajadas y una voz amenazante resonó en su oído que le dijo:

—¿Quién eres? ¿Qué buscas? ¿Dónde vas?

Lyderico hizo un esfuerzo tan grande para volver la cara hacia donde venia la voz, que rompió las ligaduras que sujetaban y logró incorporarse, de manera que pudo ver al individuo que le dirigia la palabra: era un hombrecillo de corta estatura, montado en un caballo. Llevaba en la mano derecha un bas-

toncito de oro, y de uno de los extremos pendian cuatro cadenas de acero, y al final de cada una de ellas relucía un diamante en bruto, cuyo ángulo estaba mas afitado que una navaja de afeitar, de modo que cuando pegaba con esta especie de disciplinas hacia con un solo golpe varias heridas. El



jóven Lyderico, no tuvo la menor duda de que este hombre era el que le habia dirigido la palabra, y así le contestó:

—Yo soy Lyderico, primer conde de Flandes; quiero conquistar el tesoro de Niebelungen y el casco que hace invisible, y en seguida voy á buscar á la princesa Chrimhilda, hermana de Gunther, rey de Higlanda.

—Muy bien, contestó el del caballo; tu viage ha llegado á su término, puesto que te hallas en el país de Niebelungen; pero lo que sucede es que en lugar de conquistar su tesoro y el casco que hace invisible, trabajarás el resto de tu vida en las minas de Santen. Tu escudero será guarda de mis marsopos, tus dos caballos servirán para que hagan dar vueltas á las

pedras de mis molinos de aceite, tu ruiseñor cantará en adelante dentro de una jaula que colgaré en la pared de mi balcon, y la princesa Chrimhilda, causada de esperar no tendrá inconveniente en casarse con otro, sopena de morir virgen, y á fin de que no dudes la verdad de cuanto te estoy refiriendo, respeta en mi persona al poderoso Alverico, rey de Niebelungen.

Los oidos del jóven conde estaban poco acostumbrados á escuchar palabras tan amenazadoras, por lo que haciendo un violento esfuerzo dió un salto y cogió al rey Alverico por la barba; mas este blandiendo su zurriago de oro, pegó al conde con tal violencia que uno de los diamantes habiendo tocado justamente en el sitio que no era invulnerable, esperiméntó

un fuerte dolor que le hizo acabar en algún tanto.

Acto continuo el rey picó al caballo y fué á convocar su ejército, de modo que Lyderico conoció que no habia tiempo que perder, porque la llanura estaba cubierta de soldados de Niebelungen que aunque enanos todos como su rey, eran en número dos mil hombres, los unos á caballo y armados de hachas y sables, los otros á pié con lanzas y alabardas. A la cabeza de este numeroso ejército estaba Alverico dictando sus órdenes, persuadido de que la situacion en que se hallaba era mas grave de lo que le habia parecido en un principio. En otro lado vió un grupo de unos setenta hombres que llevaban prisionero á Peters con sus dos caballos, y un enano negro dando saltos y brinco, llevaba al ruiseñor en una jaula.

Al ver estas cosas Lyderico esperó un sentimiento mas grande que el que pudiera haberle causado su propio peligro, de suerte que desatando las ligaduras de sus muslos y las de sus piernas, se puso de pié, empuñó su Balmung y lanzándose precipitado sobre los que conducian á Peters, sus caballos y el ruiseñor, comenzó á dar sablazos á diestro y siniestro, de tal manera que en un abrir y cerrar de ojos se vieron volar brazos, cabezas, no quedando otro recurso á los enanos que emprender la fuga: solamente el negro se resistió sin querer soltar el ruiseñor; pero Lyderico cogiendo al negro por medio del cuerpo le arrancó la jaula de las manos; mas como el enano lanzaba profundos gritos y procuraba morderle en vez de pedir perdon, Lyderico le arrojó violentamente contra el suelo, y poniéndole el talon de su pié contra su cuerpo le estripó como pudiera hacerse con un insecto dañino. Desató en seguida á Peters, cortó las trabas á sus caballos, abrió la puerta de la jaula al ruiseñor, y todos se encontraron en plena libertad.

Lyderico conoció por el ruido que allí habia, que nada se habia conseguido aun, antes por el contrario, el negocio estaba mas empeñado que nunca; no se habia equivocado, porque volviendo la cara observó que el rey daba

sus disposiciones para un ataque general: dividió que su ejército se hallaba dividido en tres columnas, dos de infantería y una de caballería, que debia atacar de frente y sobre los flancos, mientras que un regimiento entero desfilaba por el lado de una montaña, con intento de efectuar una sorpresa por retaguardia.

Lyderico estuvo pensando si montaria á caballo para cargar á este ejército de monicacos; pero reflexionando que su caballo no era invulnerable como él, y que le serviría mas bien de embarazo que de socorro, mandó á Peters que cuidase de ambos corceles, con orden espresa de no moverse, y resolvió combatir á pié. El ruiseñor estaba sobre un árbol, y gozoso de haber obtenido su libertad cantaba á las mil maravillas.

Entonces la batalla dió principio: atacado de frente por el rey y su caballería, atacado por ambos flancos por la infantería, y amenazado de un regimiento por retaguardia comenzó á dar tajos con su Balmung, en todas direcciones á fin de rechazar á un tiempo á todos los que le atacaban; pero afortunadamente si el ejército de Niebelungen era numeroso, el conde de Flandes era infatigable, y un segador se hubiera rendido al haber cortado en un día tantas espigas como en menos de una hora habia él cortado cabezas de hombres.

Sin embargo, conoció Lyderico que era necesario proceder con método en aquella imprevista campaña; por lo que ocupándose aisladamente del ala izquierda, consiguió en muy poco tiempo destruirla enteramente; vuélvese hácia el ala derecha y la pone en fuga, de modo que no encontró mas gente que combatir que al rey con su numerosa caballería: y en cuanto al regimiento que debia atacarle por la espalda, se mantuvo en observacion á causa de Peters, y no se habia determinado á acercarse.

Pero Alverico estaba de tal modo encarnizado contra su antagonista, que se manifestó el mas fuerte de su ejército, y creia tener con su caballería el valor y la fuerza de un gigante: Lyderico mirando con indiferencia los escuadrones, se ocupó esclusivamente

del rey, contra el cual desplegó su maravillosa destreza y agilidad, evitando con su Balmung los disciplinazos del rey, y seguramente otro que no hubiese sido Lyderico, hubiera visto su cuerpo en carne viva, pues tal era la violencia y maestria con que Alverico manejaba el zurriago. Ultimamente, el jóven conde concluyó por cortar las piernas delanteras al caballo del rey, que como era consiguiente, cayó á tierra cogiendo á su amo debajo: al instante Lyderico puso la punta del Balmung sobre el pecho de su contrario, que soltando su disciplina de oro, pidió cuartel, prometiendo, si el conde de Flandes le perdonaba la vida, entregarle el gran tesoro de Niebelungen y el casco que hacia invisible. Por lo que toca á la caballería, cuando vió á su rey en tierra, se declaró en la fuga mas precipitada y vergonzosa.

Lyderico envainó su espada, y apartando el caballo, debajo del cual se encontraba el rey enano, le levantó, ató sus manos con su larga barba, le quitó la disciplina de oro, y mandó que marchase delante de él y que le guiara al sitio donde estaba oculto el gran tesoro de Niebelungen. Peters, los dos caballos y el ruiseñor, siguieron á Lyderico.

Despues que anduvieron una media hora escasa, llegaron á un sitio de tal suerte cerrado por rocas, que parecia imposible se pudiera seguir mas adelante. Entonces Alverico, dijo al jóven conde que tocase con su disciplina de oro en una de aquellas piedras, la que al punto se abrió dejando ver una uniforme abertura por la cual pudieron entrar el rey, el conde, Peters y los dos caballos; pero el ruiseñor quedó fuera, porque escarmentado de su anterior prision, tuvo miedo, recelando entrar en otra jaula mas grande que la pasada.

El conde de Flandes y Alverico, continuaron su camino atravesando una grande hilera de columnas de jaspe, hasta llegar á un espacioso salon cuadrado, embaldosado de malaquita, con una puerta en cada uno de sus frentes, y cada una de estas puertas daba paso á una habitacion llena de piedras precio-

sas, cuyas habitaciones tomaban el nombre del objeto que contenian, de manera, que allí estaba la puerta de las perlas, la de los rubies, la de los carbunclos y la de los diamantes. Alverico abrió al vencedor las cuatro puertas y le dijo que tomase lo que quisiera; pero viendo Lyderico que necesitaba á lo menos quinientos carros para transportar tantas piedras preciosas como se encerraban allí, se contentó con llenar cuatro cestos, el primero de perlas, el segundo de rubies, el tercero de carbunclos, y el cuarto de diamantes, mandando despues á Peters que cargase á sus dos caballos con estas riquezas: Lyderico dijo despues al rey, que no habia tomado mas riquezas que las que necesitaba en aquel momento, que cuando le hiciesen falta mas volvería en busca de ellas.

Alverico pidió al conde de Flandes que puesto que tan lealmente le habia conducido al parage donde se hallaba el tesoro, tuviese á bien desatarte y devolverle su disciplina de oro, y que entonces con la misma lealtad que hasta allí habia usado, le llevaria á la caverna donde estaba el casco que hacia invisible, fundándose para hacer semejante peticion en que el referido casco era vigilado por un gigante llamado Taffuer, el que seguramente no le obedeceria si le miraba desarmado; pero Lyderico respondió, que si el gigante no le obedecia corría de su cuenta el hacerle obedecer; á lo cual repuso el rey prisionero, que el gigante no tenia mas que poner el casco sobre su cabeza y al punto desapareceria, sin que ninguno de los dos, pudiese adivinar el sitio donde estaria para castigarle. Esta última razon le pareció convincente al conde de Flandes, y desató las manos al rey, al par que le devolvía el látigo. El enano aparentó estar muy sensible á esta prueba de confianza por parte del vencedor, y habiendo salido con Lyderico, Peters y los dos caballos cargados de aquel maravilloso depósito de riquezas, se encaminó hácia otro lado del reino de Niebelungen, donde se veia elevarse una roca tan sombría y de un cierto color negruzco que se hubiese dicho que era

de humo. Mientras caminaban con dirección á este parage, el ruiseñor volaba de árbol en árbol cantando lo siguiente:

«¡Ojo alerta, Lyderico, ojo alerta! La traicion tiene ojos de gacela y la piel del armiño, y solo despues de haber caido en el lazo es cuando se siente sus garras de tigre y su aguijon de serpiente. ¡Ojo alerta, Lyderico, ojo alerta!»

Pero Lyderico sin perder de vista al rey de Niebelungen hacia señas con la cabeza al ruiseñor, que le entendía, y continuaba su camino; mas el joven interiormente pensaba que el ruiseñor no era un pájaro muy valeroso, y que veía el peligro mayor de lo que era.

A medida que caminaban hácia la montaña negra, el tránsito iba siendo mas escabroso y difícil; pero Alverico que iba delante se iba abriendo paso con el látigo separando con él los obstáculos que impedían su marcha. Por fin llegaron á un sitio en el que de improviso miraron de frente la caverna grande, á cuyo tiempo Alverico dió un salto de costado y gritó:

—¡Soy yo, Taffuer!

Y dando una fuerte patada sobre la tierra desapareció como un fantasma que vuelve á hundirse en su tumba. El conde de Flandes buscaba la entrada por donde el enano habia penetrado, á fin de perseguirlo hasta las entrañas de la tierra; pero oyendo un ruido de pasos que se aproximaban á él, se volvió hácia la parte donde sonaban, y no pudo distinguir ningun objeto, lo cual le hizo creer, que indudablemente tenia que habérselas con el gigante Taffuer, puesto que vendria á combatir con él trayendo la cabeza cubierta con el casco que le hacia invisible; y efectivamente, apenas tuvo el tiempo necesario para tirar de la espada y ponerse en estado de defensa, cuando le pareció que la montaña caía sobre su cabeza; era el gigante Taffuer que acababa de darle un golpe violento en las espaldas.

Tan fuerte como era Lyderico, como no esperaba ser atacado de esta manera, dobló la cabeza y cayó de rodillas, pero volviéndose á levantar comenzó á dar tajos y estocadas con su Balmung

en todas direcciones, y en uno de los tajos que dió halló resistencia, por lo que creyó desde luego haber herido al gigante, que aun cuando era invisible no era invulnerable: á este tiempo Taffuer lanzó un rugido de dolor seguido de otro golpe que dió al conde, el que vió una prueba de que no se habia equivocado; mas esta vez aguardó Lyderico el ataque de su invisible enemigo con tal firmeza, que ni aun dobló las piernas como antes, antes bien prosiguió dando estocadas á todos lados, y sintió al cabo de algun tiempo que su espada habia tocado en el cuerpo del gigante, y mas confirmó su sospecha al oír que el gigante rugió por segunda vez, y gran rato estuvo aguardando la tercera acometida; porque nadie se acercaba.

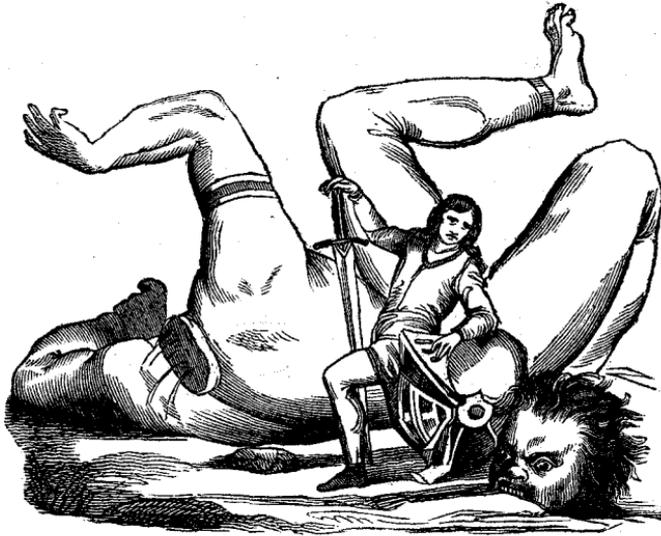
El conde de Flandes creyó haberse desembarazado del gigante porque hubiese huido; pero en este momento vió venir hácia él y con la rapidez del rayo una piedra tan grande como una casa, la cual salia sola de la caverna como lanzada por alguna catapulta invisible, cuya piedra fué seguida de otras dos semejantes á la primera en rapidez, tanto que á tiempo que se ponía en salvo de la primera no podia libertarse de la otra. Entonces Lyderico comprendió que el gigante habia cambiado de táctica, y que de este modo queria tomar satisfaccion de las estocadas que habia recibido del conde, el que resolvió proseguir en su firmeza, de modo que viendo venir otra enorme piedra, en vez de evitarla se puso delante como en ademan de recibirla, mas esta piedra le derribó, y largo tiempo permaneció tendido en el suelo y sin movimiento, como si hubiera dejado de existir.

Peters comenzó á dar gritos de dolor; el ruiseñor cantaba tristemente y el gigante acudió con tal prontitud, que Lyderico á medida que su enemigo se iba aproximando, sentia progresivamente que la tierra temblaba, y por último que el gigante ponía una rodilla sobre su pecho, al paso que sacaba un puñal para herirle en el corazon; pero Lyderico entonces, calculando por la posición de la rodilla y de la mano, la actitud del gigante, dió de repente

un tajo con Balmung tan firme y esacto, que separó de los hombros la cabeza de su antagonista, la que rodando se salió del casco, de suerte que á un mis-

mo tiempo, casco, cabeza y cuerpo, dejaron de ser invisibles.

Lyderico recogió el casco, y despues de haberse asegurado que Taffuer



no existia, comenzó á buscar el camino por donde Alverico se habia escapado, pues no queria salir del pais de Niebelungen sin vengar la traicion del rey; mas en este instante uno de los caballos pisó una trampa que se abrió, y conociendo Lyderico que aquel era el sitio por donde el rey habia desaparecido, no dudó que la escalera que veia le condujese á alguna estancia subterránea, donde indudablemente Alverico se creia seguro, por lo cual el jóven conde resolvió perseguirle.

Peters que aun no habia vuelto del susto anterior, hizo lo posible para convencer á su señor, á fin de que no se espusiera á nuevos peligros; pero Lyderico era hombre que no retrocedia luego que tomaba alguna resolucion, de suerte que todo lo que el pobre escudero pudo obtener de su señor fué que se pusiera el casco que le hacia invisible. El conde de Flandes admira-

do de que en aquel mismo instante iba á experimentar el poder que tenia el casco mágico que habia conquistado, dió gracias á su escudero por haberle sugerido una idea tan feliz, y le autorizó á reunirse con él en la estancia subterránea si pasada una hora no estaba de vuelta: se puso el casco, y acto continuo se hizo invisible, de modo que Peters no le vió bajar la escalera subterránea.

A los primeros pasos que dió Lyderico, conoció que no se habia equivocado, y que debia encontrarse en uno de los palacios del rey Alverico; y con efecto, las paredes estaban llenas de piedras preciosas y el pavimento del tránsito regado con polvos de oro. Despues de haber atravesado algunos aposentos desiertos, pero perfectamente alumbrados con lámparas lujosas, cuyo aceite estaba perfumado, entró en un jardín cubierto de hermosas flores que

te pareció alumbrado por los rayos del sol; mas levantando la cabeza vió que lo que habia creído cielo, era el fondo de un lago claro y limpio, al traves del cual se veía la hermosa claridad de un risueño día: aproximóse mas á las flores y observándolas con atencion, vió que no eran naturales sino artificiales; pero tan maravillosamente trabajadas, que cualquiera que no se acercase á contemplarlas diría que eran creadas por la sabia mano de la naturaleza: los tallos eran de coral, las hojas de esmeraldas y las violetas, claveles y demas flores eran fabricadas, con rubí, topacios y záfiro.

En medio de este jardin habia un kiosco ó pabellon oriental, tan precioso y elegante que Lyderico juzgó que en él debia encontrarse el rey, y adelantándose despacio protegido por su casco llegó á él sin haber sido visto por nadie. No se equivocó el conde de Flandes porque vió al rey Alverico acostado en una hamaca y entre dos de sus mugeres, de las cuales la una le mecía, mientras que la otra le echaba aire con una cola de pavo real, y no á mucha distancia, y sobre un muelle sofá, estaba el látigo de oro.

La conversacion que Alverico tenia con sus mugeres era interesante, pues las refería las aventuras de aquel mismo dia, contando la llegada del extranjero al pais de Niebelungen, cómo le habia engañado haciéndole creer que iba á darle el casco que le hacia invisible, y como en vez de sostener su promesa, se habia sumergido en la tierra llamando en su socorro al gigante Taffuc, el cual á aquella misma hora le habria ya degollado.

Lyderico no tuvo paciencia para escucharle mas tiempo, y cogiéndole por la barba y sacándole de su hamaca le dijo:

—¡Miserable! ahora vas á pagarme tu traicion.

Y ligándole las manos hácia la espalda quitó la araña que pendía en medio del kiosco, y haciendo un lazo en la barba del rey le colgó en el gancho de oro.

—Y ahora, le dijo, queda en esa disposicion, hasta que la barba crezca lo bastante para que tus pies toquen la tierra.

El enano se torcia y pedia misericordia, jurando y prometiendo hacer homenaje á Lyderico y reconocerle por su soberano, si este consentia en desatrarle; pero Lyderico le dejó gritar, cogió á las dos mugeres del rey con las cuales contaba hacer un regalo á la princesa Chrimhilda: metió á la una en su bolsillo derecho y la otra en el izquierdo, así el látigo de oro con el cual se abria el tesoro de Niebelungen, se quitó el casco un instante para que el rey no tuviese duda de que era Lyderico quien le habia colgado, y atravesando el jardin, cogió la rosa que mas bonita le pareció. Habiendo subido la escalera y encontrado á Peters que venia á su encuentro, le señaló el camino que conducia al pais de los higlandos, de manera que seguido de su escudero, de sus dos caballos y precedido del ruiseñor que no hacia mas que cantar, caminó gozoso y satisfecho por el feliz desenlace que habia tenido su aventura.

(Se continuar á).

BENEFICIO. Lo que he gastado está perdido; lo que poseia está en poder ajeno, mas lo que he dado me pertenece todavia.

Epitafio.

Bien puede tomar el que experimenta en recibir la misma satisfaccion que su amigo tiene en darle.

La Bruyere.

CARIDAD. El que tiene mucha caridad es verdaderamente grande.

Imitacion de Jesucristo.

CARACTER. No es hombre quien no tiene caracter, es una cosa.

Chamfort.

CORAZON. Los pensamientos elevados proceden del corazon.

Vauvenargues.

AMOR DE MADRE.

EPISODIO DE LA DOMINACION CARTAGINESA EN ESPAÑA.

Nada hay tan tierno, tan entrañable, y á veces tan heróico como el amor maternal. La incansable solicitud, la vigilancia eterna, el cúmulo de cuidados y el interés jamás interrumpido de las madres respecto de los hijos, á fuerza de verse en todas partes, en todas las familias y en todas las épocas, no nos causa admiracion; y sin embargo debieran estar siempre presentes en la memoria de los jóvenes para no olvidar nunca lo mucho que cuestan á los autores de sus días. El hijo que no respeta, ó mas bien que no ama con idolatría á su madre, es un viborezno, un tigre, que jamás será feliz sobre la tierra.

El amor de madre, calificado con razon como el mas sublime entre los sentimientos de este género, ha sido causa muchas veces de grandes acontecimientos que recuerda la historia de todos los pueblos. Entre los muchos ejemplos que pudiera ofrecer á mis jóvenes lectores, elegiré uno consignado en nuestros anales antiguos, porque al mismo tiempo que inculque en sus tiernos corazones el acendrado amor y el respeto con que deben mirar á todas las madres, puede servir para instruirles en un episodio de nuestra historia, que no es conocido de todos ciertamente.

Mis jóvenes lectores habrán oido hablar y algunos habrán leído ya algo acerca de la dominacion de los cartagineses en España; y en verdad qué, en este caso tendrán muy presente el nombre del grande Anibal, célebre general de la república de Cartago, que venció muchas veces á los guerreros mas famosos de Roma, y que llegó hasta amenazar con sus huestes á la ciudad eterna. Pues bien, este Anibal, que era hijo de una española, y español tambien por inclinacion, y por el punto donde habia nacido, quiso estrechar

mas y mas la especie de union que entre los dos pueblos habia principiado á establecer su padre Hamilcar, y determinó tambien casarse con una española. Eligió, pues, para esposa á Himilce, descendiente de una ilustre familia, y poderosa heredera de la antigua ciudad de Castulon, en Andalucía. Celebráronse las bodas con gran pompa en la ciudad de Cartagena, el año 218 antes de J. C. Al poco tiempo, Anibal puso sitio á Sagunto, é Himilce dió á luz en el mismo campamento un hijo, á quien puso por nombre Aspar, y cuyo nacimiento llenó de regocijo á Anibal y su ejército. Mas adelante el general cartaginés concibió el grandioso plan de hacer la guerra á los romanos en su mismo pais; y poniéndolo en ejecucion partió para la Italia al frente de un ejército, no muy numeroso, si se considera bien tan colosal empresa, pero compuesto de soldados valientes y aguerridos, africanos y españoles. Ya pisaba el héroe el suelo de la Italia, cuando el senado de Cartago decretó la renovacion de los antiguos sacrificios á su dios Baal-Moloch, que podia considerarse como el Saturno de los cartagineses. Consistian estos sacrificios en degollar y quemar en los altares de tan feroz divinidad una multitud de niños que se sorteaban, especialmente entre las familias mas distinguidas de Cartago y de los pueblos dominados por la república.

Tocó la desgraciada suerte de ser sacrificado, entre otros, al hijo de Anibal. Tres años de edad tenia entonces Aspar: era hermoso como su madre: su mirada altiva ya y perspicaz, daba á conocer que sería digno heredero del valor y de los talentos de su abuelo y de su padre: en una palabra el niño Aspar era el idolo de cuantos le conocian, y en él fundaban las mas gratas esperan-

zas. Cuando Himilce recibió la noticia de la triste suerte que había cabido á su niño adorado, se sintió herida del rayo. Estrechó apasionadamente á Aspar entre sus brazos: lloró y suspiró desesperadamente para que no la arrebatasen al hijo de sus entrañas: nada la importaba la suerte de la república cartaginesa, cuando se trataba de su hijo, ni hacia caso de la formalidad que exigía una religion cruel y fanática, que por otra parte no había sido la creencia de sus padres. Las súplicas, el abatimiento y la consternacion de aquella misera muger, enternecian á todos; ¡pero como desobedecer los decretos del senado! ¡cómo era posible por consideraciones de ningun género, contrariar las prácticas religiosas!.... Aspar debía, pues, perder su inocente vida en las aras de Baal, pero cuando Himilce se persuadió de que nada podría alcanzar con sus lágrimas, y resuelta á no consentir en la barbarie que debía privarla de su querido hijo, se revistió con toda la energia de una española, y con la sublime elocuencia de una madre exasperada, defendió á Aspar, amenazó, se puso en actitud hostil á la cabeza de los guerreros de que disponia; y en fin, hizo tanto y dijo tanto, que no hubo mas remedio, que convenir en que se suspendiese aquel bárbaro sacrificio hasta consultar al general Anibal.

Verdaderamente no podía darse un asunto mas delicado ni de resolucion mas difícil en aquellas circunstancias. Las calamidades de la república, habian exigido el remedio estremo de aplacar la ira de los dioses, apelando á los horribles sacrificios de Baal. Anibal amaba á la república, y era fiel observador de las prácticas religiosas. Idolatraba tambien á su hijo, que era su mas alhagüeña esperanza, y no encontraba medio alguno de salvarle la vida; tanto menos, cuanto que á aquella fecha ya habian sido sacrificados todos los niños á quienes habia cabido tan mala suerte, y él no tenia bastante valor para establecer una escepcion tan irritante en favor de su hijo. Perplejo se hallaba el general y no sabia qué contestar á los comisionados, cuando recibió una carta de su esposa, en la cual le participaba

la atroz desgracia que estaban á punto de experimentar y le exhortaba á que con todo su poder la impidiese. «Mira Anibal (le decia) que si consenties en este horrendo sacrificio, no solo perderas á tu hijo, sino tambien á tu esposa: porque ¡te lo juro por los dioses! antes de arrebatarme á mi querido Aspar habrán hecho mil pedazos las entrañas de su madre.» Estas palabras terminaron la vacilacion de Anibal: el deber de ciudadano cartaginés quedó pospuesto al amor de padre y de esposo; y contestó á los comisionados en estos términos:

«En este momento no tengo en cuenta la vida de mi hijo, que forma mis delicias y debe ser la esperanza de la república. Pero creo que la sangre ya vertida basta para aplacar la cólera de los dioses. Sin embargo, por si acaso los sacrificios consumados no son suficientes para tener propicia á la divinidad, juro que en el primer encuentro verteré tanta sangre de los romanos, que Baal-Moloch ha de quedar enteramente satisfecho. Si así no lo hago, consiento en que perezca mi hijo.» En efecto á los pocos dias se encontraron los dos ejércitos á la inmediacion del lago Trasimeno, célebre en la historia desde aquella época: Anibal acometió á los romanos, no solo con el ardor que acostumbraba, sino con una especie de frenesí causado por el recuerdo de su hijo. Inspiró este mismo furor á sus soldados, y el resultado fué que consiguió una de las victorias mas famosas, y tambien mas sangrientas de que hacen mencion los anales. En efecto, quedaron muertos en el campo á orillas del lago Trasimeno el cónsul Flaminio y mas de 15,000 romanos. La república cartaginesa debió sin duda este triunfo de sus armas, al niño Aspar y á la energia y maternal solicitud de la española Himilce. Como habia previsto Anibal, el senado consideró aplacada la ira celeste sin necesidad de sacrificar á su hijo; y los padres de los niños que ya habian sido victimas, se conformaron con aquella escepcion en gracia del ventajoso resultado que habia producido. En cuanto á Himilce, recibió en España los elogios sinceros

de todas las madres y personas sensibles. Aspar parecía como que procuraba pagar el acendrado amor de su madre con sus gracias y caricias infantiles: indudablemente hubiera llegado no solo á respetar profundamente sino á idolatrar á Ifigenia que le habia dado dos veces la vida; pero por desgracia la perdieron madre é hijo, pocos

años despues, víctimas de una terrible epidemia que por entonces asoló la Bética. No obstante la historia nos ha conservado el recuerdo de este acontecimiento que enseña lo que puede el amor de una madre y el cariño sin límites que eternamente deben consagrarla sus hijos.

VICENTE DIEZ CANSECO.

HISTORIA DE UN CUADRO, O LOS CUATRO CANDELEROS DE PLATA.

NOVELA ESPAÑOLA.

—¿Quién?

—Gente de paz.

Es que acaban de llamar á la puerta de una casa y un criado ha respondido al mismo tiempo que se dirige á abrir.

—¿Qué se le ofrece á vd? pregunta el criado á una señora anciana que aparece en el dintel de la puerta.

—Vengo, responde la muger, de parte de mi amo el señor don Esteban y de su señora hermana, para que Fernando y Natividad se vengán conmigo, á fin de que coman hoy en casa de mis señores.

Fernando y Natividad estaban jugando en una pieza inmediata, y conocieron la voz de la muger, por lo cual salieron, la saludaron, y antes que el criado trasmitiese el encargo que acababa de recibir, se adelantaron los niños y manifestaron á sus padres lo que ocurría.

—Papá, dijo Natividad, ahí está la señora Lorenza, que viene por nosotros para que comamos hoy en casa de don Esteban; ¿nos das tu permiso?

—No seré yo, repuso el padre con acento de cariñosa complacencia, quien haga un desaire á mi mejor amigo. ¿Qué dices? continuó mirando á su esposa.

—Que hallo muy justa tu observa-

cion; pero llamar á Rosa, prosiguió dirigiéndose á sus hijos, y que os ponga la mejor ropita que tenéis.

—¿Rosa! ¡Rosa! gritaron Fernando y Natividad corriendo por la casa hasta que la encontraron. Dice mamá que nos pongas la mejor ropita que tenemos.

Rosa no se detuvo, y comenzó desde luego á poner á los dos hermanos la mejor ropita que tenían: cuando estuvieron vestidos pasaron á ver á sus padres, pidieron el correspondiente beso, y salieron de casa en compañía de la señora Lorenza que los esperaba en el recibimiento; delante de esta anciana señora y agarrados del brazo fueron durante el tránsito que mediaba desde su casa á la de don Esteban, en la que al fin entraron, y despues que saludaron cortés y afablemente á los dueños de la misma, pasaron á un gabinete con doña Laura, la hermana de don Esteban. Esta amable señora tomó asiento en un muelle y elegante sofá, y Fernando y Natividad se situaron uno á la derecha y otro á la izquierda de ella.

—Supongo, que ya se habrán vds. desayunado, preguntó cariñosamente esta grave y hermosa señora.

Los niños con su natural despejo contestaron afirmativamente. En seguida doña Laura preguntó á cada uno

de los niños que tenía á su lado sus poquitos adelantos relativamente á su educacion escolástica, á la cual contestó Natividad primeramente que su hermano.

—Señora doña Laura, se leer y escribir, y segun asegura mi preceptora, bien: en cuanto á labores vd. tendrá la bondad de juzgar por los encajes de esta camisola bordada por mi; pero es preciso confesar, que todo ha sido bajo la direccion de mi preceptora.

—Ah! repuso doña Laura, esa modestia es muy digna de tí.

Y examinó escrupulosamente los encajes de la camisola que traia puesta Natividad.

—¿Y Fernando se encuentra muy adelantado?

—Asegura el director de mi colegio que dentro de dos meses, me encontraré capaz de pasar al estudio de la gramática latina. En el dibujo no estoy muy atrasado para el tiempo que llevo y antes de ayer precisamente, dejé de hacer trozos y me han pasado á copiar cabezas.

—¿Me traes alguna obra tuya por la cual pueda yo juzgar tus adelantos?

Fernando abrió una pequeña cartera que traia debajo del brazo, y mostró á doña Laura algunos dibujos. Esta amable señora, los estuvo mirando con prolija atencion, y segun sus espresiones dió á entender su complacencia y admiracion por los adelantos de Fernando. Despues, doña Laura y los dos hermanos bajaron al jardín, cogieron algunas flores y volvieron á subir, situándose en seguida en la misma pieza que habian estado. La señora de la casa sacó un tablero de ajedrez, para enseñar á los niños la marcha de este complicado juego; pero advirtió de paso que Fernando no separaba su vista de un cuadro pintado al óleo que figuraba en primer término, entre los demas que estaban en la habitacion. Este cuadro representaba los últimos momentos de un anciano respetable que medio incorporado sobre su lecho daba su bendicion á dos jóvenes elegantemente vestidos que estaban arrodillados al pié de la cama y llorando de una manera desconsolada.

—¿Cómo me gusta este cuadro! exclamó Fernando con acento de cándida admiracion.

Doña Laura miró primero al niño, despues al cuadro, dejó escapar una lágrima de sus hermosos ojos, y procurando disimular aquella repentina emocion, preguntó.

—¿Te gusta, hijo mio?

—Mucho señora: ¿pero por qué llora vd?

—Hijo mio: ese cuadro trae recuerdos muy tristes: desenvuelve una historia, que si bien tiene un principio de moral muy grande, no puede referirse sin que el corazon se haga pedazos.

—Amiguita doña Laura, dijo Natividad, sino fuera demasiado imprudente renovando las amargas emociones de vd. yo le exigiria que nos refiriese esa historia.

—Lo mismo digo que mi hermana, prosiguió Fernando.

—Conceptuando lo provechosa que será para vds. la narracion de esa historia voy desde luego á contarla, y la satisfacion que tengo en dar á vds. una buena leccion aminorará el sentimiento que ha de experimentar mi alma con su relato.

Los niños se aproximaron mas á la señora, y mirándola de hito en hito escucharon lo siguiente:

Hace tiempo que vivia en Madrid una señora llamada doña Julia, de muy buena familia, que habiéndose enamorado de un caballero llamado don Alberto, se casó con él á pesar de la oposicion de los padres de esta señorita, que mirándola como única hija, vaticinabau lo mucho que iba á sufrir en poder de aquel hombre que habia elegido por eterno compañero. No se equivocaron los padres de Julia: á los pocos meses de casada observó en su esposo una conducta pernicioso; vió un hombre que dilapidaba el dote de su muger en satisfacer los deseos de su vida relajada, y por último cuando quiso poner remedio á sus males, era tarde, los padres de Julia no existian y por consiguiente no halló un refugio donde guarecerse de los continuos ataques de la maldad de su marido; la corrupcion de este hombre fué desarrollándose

mas cada día, sin que bastaran á impedir el mal trato que daba á su esposa, dos inocentes y hermosos niños que tenía, de siete años el primero y de seis la segunda. Era una noche de diciembre, triste y lluviosa, y doña Julia estaba sentada á la chimenea con sus dos inocentes hijos: la pobre muger lloraba y á cada instante estampaba un

tierno beso en las sonrosadas megillas de sus niños.

—¿Porqué lloras, mamá? preguntaban cándidamente las criaturas.

Y la madre sin poderles responder ahogada por el llanto y el dolor respondía al fin.

—Hijos de mi corazón! ¿No quereis que lllore vuestra pobre madre, cuando



hoy no tiene con que daros de cenar?

—No te aflijas por eso, mamá mia, contestaba la niña abrazándola; mañana nos dará Dios para que almorcemos.

—Vamos, no llores, mamá, prosiguió el niño, dándola un beso en la frente; Dios mejorará sus horas. ¿No nos has enseñado que el hombre virtuoso debe tener constancia en la adversidad?

La madre al ver la conformidad de estos pobres inocentes mas lloraba todavía; mas hé aquí que esta escena desconsoladora es interrumpida por el ruido que hace el picaporte en la puerta de la escalera. Todos vuelven la cara hácia la puerta de la sala y ven entrar á una muger empapada en agua y con una libreta de pan en una cesta.

—¡Es Maria! la virtuosa y benéfica Maria! esclama Julia.

La anciana se acerca á la chimenea y se sienta al lado de su señora.

—Vamos dice despues que se ha sentado: el tendero se ha compadecido de nosotros y me ha dado fiada esta libreta de pan y un cuarteron de pasas.... Ya con esto pueden cenar los niños.

Efectivamente, la buena madre compartió entre sus hijos aquel escaso socorro, y los niños preguntaban á Julia.

—¿No cenas, madre mia?

—He comido muy tarde, y no tengo apéxito, y aun cuando le tuviera, me alimenta con lo que os veo comer.

Llegó la hora de recogerse: los niños estamparon en la frente de su cariñosa y afligida madre el beso mas inocente y puro, y acompañados de la buena Maria pasaron al cuartito que les servia de dormitorio. Mientras que se desnudaban la niña que tenia mas desparpajo y un genio mas abierto que su hermano, preguntaba á la anciana.

—Maria ¿te acuerdas, cuando viviamos en la calle del Príncipe la casa que teniamos?

—¡Qué dormitorio tan bueno! esclamaba el niño quitándose los zapatos; y mirándolos proseguia. Y tambien me acuerdo que mi calzado era distinto; nunca llegué á tener mis zapatos tan rotos, que como no tengo medias se me salen los dedos.

—Dios querrá que volvais á estar como antes, contestaba la pobre Maria recogiendo el pelo de la niña, la cual mientras tanto añadia:

—Y siempre estuvimos durmiendo en alto y en colchones blandos, y ahora apenas tenemos con que poderos arropar. Pero dice mamá que nunca debemos quejarnos de la suerte que Dios dispone á las criaturas, porque otros muchos estarán peor que nosotros todavía.

Los niños sentados al fin cada cual en su camita se persignaron, dirigieron á Dios sus preces de costumbre, y despues que se arroparon se despidieron de la anciana hasta el siguiente dia. La anciana entonces pasó á la sala y habló gran rato con su señora, relativamente á la conducta de su esposo;

pero viendo Julia que era demasiado tarde y que la ancianidad necesita descanso la mandó acostar, encargándose ella de esperar á su marido.

Cuando Julia se vió sola soltó en una silla la labor que hacia y á fuerza de llorar desahogó su entristecido corazón, pero en un momento de aparente reposo, cogió el candelero y pasó al dormitorio de sus hijos: miró primeramente á la niña, y gran rato la estuvo contemplando en aquella grata actitud que su inocente sueño la habia colocado. Su hermosa cabecita descansaba sobre la almohada: la sonrisa del candor y la inocencia brillaba en su rostro sonrosado con un ligero carmin de púrpura, y su bracito derecho enteramente desnudo, estaba estendido á lo largo sobre el embozo de su escasa ropa de abrigo. El niño casi en la misma posicion dejaba ver su rubia y hermosa cabellera que adornaba el terso y delicado cutis de su rostro angelical, flor naciente que dulcemente mecia el aura de la cándida niñez, sin que el huracan de las pasiones humanas, hubiese todavia marchitado su caliz puro y virginal.

—¡Cuán dichoso es el sueño de la niñez! dijo la angustiada madre... ¡Cuántas veces he pedido al cielo un poco de ese balsámico beleño para sepultar mis penas en ese estado, aunque transitorio, dulce y apacible..... pero nada he conseguido.

Dió un cariñoso beso á cada uno de sus hijos, y tornó á la sala, á fin de continuar su comenzada labor. Sonaron las doce, la una, las dos, y su esposo no venia, y ¡oh tristeza! la vela que ardia en el candelero se consumió enteramente, y no habiendo luz que reponer se alumbró la estancia con la que despedian los troncos de la chimenea. A las dos y media suena el picaporte, y la pobre Julia comienza á temblar diciendo:

—¡Dios mio, ya está en casa Alberto!

Este penetra en la sala empapado en agua desde la cabeza á los pies, ciñendo una mala levita unos pantalones no de mas buena condicion, y cubriendo su cabeza con un sombrero que armonizaba perfectamente con el resto de su mugriento vestido. Al entrar arroja la

llave de la puerta y el picaporte sobre una silla, sumerge ambas manos en los bolsillos de sus pantalones, y mirando con aspecto casi infernal á la afligida esposa, dice al cabo de algun tiempo:

—¿Porque no hay luz en la sala? ¿es este modo de recibirme?

—Se ha concluido la vela, respondió Julia, y no he podido reponerla.

—¿Porqué?

—Por qué no hay dinero.

—¡Maldicion! ¡siempre dinero! ¿Sabes que yo he perdido el que llevaba?

—¿Cómo ha de ser, querido esposo? mañana le ganarás.... ¿Quién sabe?

—¿Y con que? ¿A quien le pido? Mañana cumple otro mes, vendrá el casero á reclamar el alquiler del cuarto..... no hay que darle.... pero es preciso pagarle, y se le pagará.

Y diciendo esto arrojó el sombrero sobre otra silla y fué á sentarse al lado de su esposa.

—Mañana, prosiguió, venderás la cama y el retrato de tu madre; yo tengo quien compre las dos cosas.

—¿El retrato de mi madre? preguntó Julia llorando.

—Si, á ¿qué quieres conservar el traslado de esa ridícula señora que tanto me aborrecia? ¿A qué conservar esa cama de caoba, cuando se puede dormir en un catre.... ó en el suelo?

—Alberto, contestó la muger; se venderá la cama; pero no el retrato de mi madre. Cuanto traje en el momento de casarnos lo has vendido; á nada me opuse, mas el retrato de mi madre quiero conservarle hasta la hora de mi muerte.

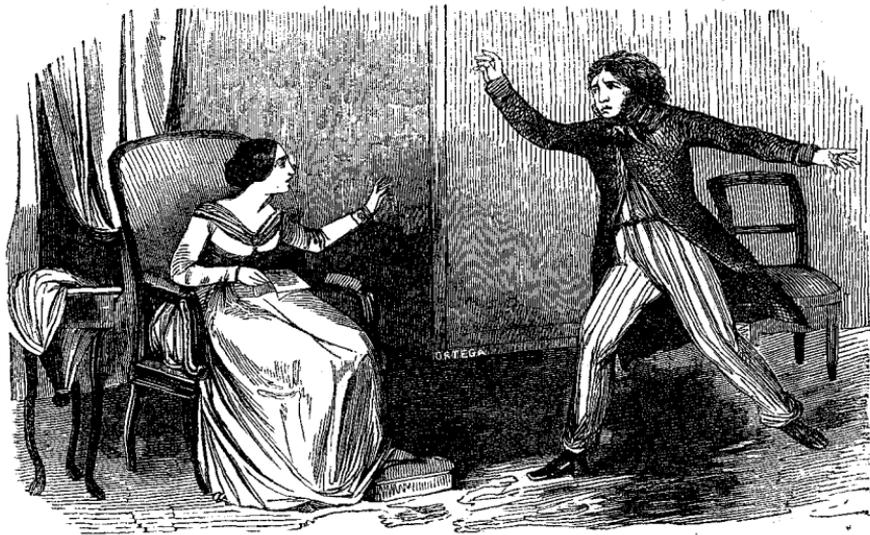
—¿Y me contradices? Y te opones?

—Si, te contradigo; me opongo; y con demasiada resolucion.

—¿Quieres aumentar mi rabia, Julia? dijo Alberto poniéndose de pié.

—No quiero aumentar tu rabia; pero ponte un momento en mi lugar y reflexiona si tengo razon.

Alberto comenzó á dar paseos por la sala en ademan desesperado, al par que blasfemaba y aturdia la estancia con una infinidad de palabras indecorosas;



mas Julia se levantó y abrazando á su esposo dijo llorosa:

—Calla por Dios, Alberto; que tienes dos hijos que pueden haberse desper-

tado al ruido que esparce tu lengua viperina; dá ejemplo á esos inocentes, y ya que no les dejes riquezas, concédelos el patrimonio de una buena educacion.

El hombre mas malo tiene momentos de reflexionar los errores de su vida: Alberto se sentó á la chimenea y permaneci6 gran rato silencioso; pero uno de los niños habia despertado al ruido; era la niña que acercándose en ropitas menores á la cama de su hermano, comenzó á empujarle para que despertara, y ahogando el dulce metal de su voz decia:

—Hermano, hermanito mio.

—¿Qué quieres, hermana? preguntó el niño despertando.

—¿No has oido nada?

—No.

—Papá y mamá están riñendo.... la pobrecita mamá está llorando mucho. Tengo miedo.... ¿Quieres darme un latido de tu cama?

—Sí; entra, hermanita mia.

Con efecto la niña se situó al lado de su querido hermano y sentados en la camita con sus manecitas cruzadas y temblando de miedo y de frio, permanecieron gran rato rezando al ángel de la Guarda para que mirase por su desgraciada mamá.

Pero el tigre que poco antes, habia estado pacifico tornó á su primitiva inquietud y gritó de repente como cuando ruge una fiera:

—He perdido todo mi dinero... Julia, dame de cenar.

—Alberto; la pobre Maria no ha cenado; yo tampoco, los niños solo han comido un poco de pan y unas cuantas pasas antes que se recogieran.

—Con que es decir, ¿que no tengo que cenar? Excelente vida.

—¿A quién culpas?

—¡Maldita muger! ¿vas á reconvenirme?

Y dominado por un acceso de arrebatado se levantó de la silla, asíó á su esposa por un brazo y la arrojó impetuosamente contra el suelo. Julia dió un profundo grito, y al golpe que recibió en la cabeza quedó tendida y sin sentido en medio de la sala: los niños impelidos á un tiempo por la triste y aguda exclamacion de su madre, se arrojaron fuera de la cama, y en la misma disposicion que se hallaban, penetraron en la sala y se lanzaron llorando y pidiendo socorro, sobre su madre.

—¡Maria, mamá de mi corazon y de mi vida! gritaban.

—Maria, exclamaba la niña: ven á socorrer á mi pobrecita mamá que tiene sangre en la cabeza.

La anciana acudió á los gritos de estas desconsoladas criaturas, y al presenciar esta desagradable escena no pudo menos que horrorizarse. Alberto, pálido, desencajado y con el cabello en el mayor desórden contemplaba su victima y los socorros que la prodigaban con estupor: la pusieron paños de vinagre aguado sujetos con un vendage, en la parte herida de la pobre esposa que al fin recobró su razon; besó á los niños y mandó que se recogiesen; mas no hubo lugar para que los dos hermanitos obedeciesen el precepto de su mamá, porque á este mismo tiempo llamaron á la puerta.

—Mira el escándalo que has originado, Alberto, observó tristemente Julia: la vecindad se ha enterado y acaso bien en auxilio del que implora socorro.

—Maria entonces abrió la puerta y dejó entrar á unos cuantos hombres que penetraron en la sala. Julia cuando los vió se atemorizó al ver que todos eran hombres y que venian acompañados de un sereno.

—¿Quién son vds. caballeros? preguntó la vendada.

—Señora, repuso uno de los que entraron; desgraciadamente tiene vd. la justicia en su casa.

—¿Y á qué ha venido la justicia á mi casa? preguntó Alberto.

—En busca de don Alberto S. y C., á quien se acusa de haber robado antes de ayer cuatro candeleros de plata en la iglesia de Santo Tomás.

—¿Qué horror! gritó Julia cayendo accidentada, á la cual acudieron Maria y los niños, cuyas lágrimas aun no habian acabado de secarse por la escena anterior.

En vano aquellos desgraciados angelitos se echaron á los pies de la justicia implorando el perdon para su padre, porque la ley cuando es severa y justa, por mas que le sea sensible, no escucha jamás la intercesion de la inocencia. ¡Qué noche tan fatal! Alberto fué conducido á la cárcel; Julia cayó grave-

mente enferma en aquel mismo instante, y hasta que amanecieron los primeros rayos del sol, la infeliz paciente fué víctima de un vehemente delirio que por largas horas la privó enteramente de la razón. ¡Cuántos seres desgraciados, por la mala conducta de un hombre!

A fin de no prolongar demasiado mi narración, diré que Alberto fué condenado á un presidio, y la pobre Julia, pobre, enferma y avergonzada, fué por mucho tiempo presa de amargos dolores. Todos cuantos enseres habia en la casa, fueron vendidos y empeñados para sufragar los gastos que ocasionaba su estado de miseria, y solo un objeto se salvó de esta venta obligatoria; el retrato de su madre.

Llegó un día en que absolutamente no habia con que ir á la compra por lo mas necesario: Julia hacia dos meses que no se levantaba de la cama, porque cada día se encontraba peor de sus dolencias físicas y morales. La niña no ignoraba esta desgraciada situación, y aproximándose al mísero lecho de su madre, pasó la mano por su pálida frente y la dijo:

—No flores, mamá mía: creo que hoy Dios nos ayudará: ten resignación.

Y se alejó de la cama, y abriendo la puerta de la escalera se dirigió á la boardilla de la casa. Su hermano, cogió un libro devoto y sentándose á la cabecera de su madre se puso á leer, y la pobre enferma, á pesar de sus grandes fatigas explicaba al niño aquellos puntos de moral que se hallaban mas distantes de su comprensión. Al cabo de una media hora llamaron á la puerta; abrieron y entró la inocente niña con unos cuantos cartones que dejó caer en una pieza de la casa y volviendo al lado de su madre la preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, hija querida... ¿Dónde has estado?

—En dos partes; te explicaré lo que he hecho en una de ellas. He ido en busca del casero y le he pedido por Dios que no te moleste por lo que le debes del alquiler de su casa, y me ha prometido que así lo hará, y además me ha dado estos veinte reales para que

nos ayudemos por unos cuantos días.

—Ven, hija querida, que quiero darte un beso, dijo la enferma sollozando de placer.... ¿Dónde mas has estado?

—¡Ah! eso no te lo digo hasta mañana, madre mía, y permite que me separe de tí por un momento, por que es para tu bien. Da los veinte reales á Maria y que traiga lo que haga falta.

La niña dió un salto de la cama é hizo señas á su hermano para que le siguiera; y cuando llegaron á la pieza donde habia depositado sus cartones, le dijo.

—Hermano mio; es preciso que ayudemos á mamá, con nuestro trabajo; yo soy grandecita, y tu grandecito.

—Bueno, trabajaremos.... ¿pero en qué? ¿Sabemos algun oficio?

—Yo sé una labor que he aprendido hace unos cuantos días.

—¿Cuál?

—¿Te acuerdas cuando me preguntabas que por qué iba á hacer todas las mañanas una visita á los vecinos de la boardilla?

—Sí.

—Pues era para aprender el arte de hacer cajitas de carton para fósforos, que pagan el ciento á seis reales, y un ciento de estas cajitas bien se pueden fabricar en un día si tú me ayudas. Con que hasta la noche no pensemos en la lección de leer y escribir..... á trabajar.

—Pues enséñame, hermana.

—Deja que primeramente ponga á cocer el almidon.

—¿Y quién te toma esas cajas?

—La vecina de arriba que me da carton y almidon, y por cada ciento que la entregue me dá seis reales.

¿Qué mas podremos añadir, sino que la madre informada al siguiente día de la virtuosa laboriosidad de sus hijos los colmó de infinitas caricias y disminuyó los amargos pesares de su enfermedad? Por espacio de algunos meses, este fué el único auxilio con que contó la casa; mas un golpe faltaba á estas infelices criaturas: la buena Maria, murio á los pocos días de haber entrado en un hospital, y los pobres niños, tuvieron que atender á su trabajo y al cuidado de la enferma; pero

afortunadamente la niña había sido demasiado precoz en comprender el manejo y el domiciliario mecanismo de la cocina y demas; su hermano hacia la compra, y la niña se encargaba de lo restante.

¡Ah! pero poco tiempo duró este prolijo cuidado, por que la pobre madre habiéndose agravado considerablemente espiró entre los brazos de sus hijos en una noche de invierno. Julia era ya un cadáver, y los niños abrazándola y besando su yerta frente la llamaban.

—Mamá, despierta; mamá mía.

Pero la pobre madre moraba en la eternidad. Los vecinos acudieron al clamor de estos pobres angelitos, y no pudieron menos que sentirse estremadamente conmovidos al presenciar un cuadro tan lastimoso. Estos mismos vecinos hicieron una suscripcion y enterraron á la difunta de un modo decoroso á su clase. El dueño de la casa se apoderó de los pocos enseres del cuarto, manifestando lo que la difunta le debía, y los niños pasaron al cuidado de gentes estrañas, de las cuales no recibieron el buen trato que merecian, y esto les hizo concebir la idea de presentarse en el hospicio, donde al menos aprenderian alguna cosa para ser útiles á la sociedad.

Con efecto una mañana temprano se despidieron del tiránico tutor que la muerte les habia deparado, y agarraditos de las manos se encaminaron al hospicio y se presentaron á una hermana de la caridad implorando su proteccion: esta venerable señora comprendió que aquellas dos criaturas no procedian de padres vulgares y las acogió con afectuoso cariño, dándoles siempre un lugar de preferencia en el establecimiento.

Cierto dia que se confesaron con el capellan manifestaron á este la prolija y sentimental historia de sus padecimientos: el capellan era muy rico y se compadeció de su suerte, y desde aquel dia sacó á los niños del hospicio y comenzó á darles la mas prolija educacion; el niño estudió gramática latina, filosofia, derecho natural, y concluyó su carrera de abogado. La niña aprendió todo aquello que correspondia á

su sexo, y cuando se vieron en estado de poder subsistir sin ayuda de nadie, pusieron casa, y vivieron juntos. El benéfico eclesiástico que con bastante frecuencia visitaba á sus protegidos, entró una mañana diciendo que fueran ambos hermanos á la iglesia de Santo Tomás, y cuando vieran á un anciano pobre y miserable que oraba postrado ante un altar, le preguntasen porque rogaba con tanto fervor. Sobre este particular pidieron esplicaciones los dichosos jóvenes, pero el eclesiástico respondió que el anciano las daria.

Efectivamente á la mañana del siguiente dia, fueron nuestros jóvenes á Santo Tomás, y al pié de una imágen observaron que un anciano rogaba con escesivo fervor.

—¿Por qué ora vd. hermano? preguntaron.

El anciano volvió la cara y respondió.

—Hace cuatro semanas que he salido de presidio por un delito que cometí en esta misma iglesia: ayer me confesé con un eclesiástico y me dió de penitencia que rogase ante la misma imágeu que habia profanado, y confesase mi crimen á cuantos me lo preguntaran.

—¿Cuál fué su delito de vd?

Robar cuatro candeleros de plata, venderlos y jugar el dinero que me dieron por ellos. He ocasionado la muerte de mi esposa y acaso la infelicidad de dos hijos que tenia.

—No: dijeron á un tiempo los jóvenes conmovidos. Los hijos de vd. viven y son felices, y se encuentran en disposicion de hacer la dicha de su padre.

—¿Dónde están mis hijos?

A los piés de su padre, contestaron los hermanos arrodillándose.

Esta escena de ternura y reconocimiento mas bien puede concebirse que esplicarse. El padre vino á vivir lleno de arrepentimiento á la casa de sus hijos, donde al poco tiempo murió bendiciéndolos, cuyo acto es el que representa ese cuadro que estais mirando frente vosotros y cuya historia me habeis preguntado.

—¿Viven esos dos hermanos? preguntó Natividad.

FALTA
PAGINA

FALTA
PAGINA